



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

 Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Universidad de la Repùblica
Facultad de Psicología

El Impacto de la Negligencia Emocional Infantil sobre la Salud Mental en la Aduldez

Trabajo Final de Grado
Artículo científico de revisión bibliográfica

Nathael Salomé Britos Bustos

Tutora: Dra. Victoria Gradin
Revisora: Mag. Anaclara Gerosa

Octubre 2025
Montevideo, Uruguay

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer a mi madre, Virginia, quien me enseñó desde muy pequeña que los sueños existen para alcanzarlos y que todo se logra luchando, con esfuerzo y sacrificio. Con total certeza y convicción ella me transmitió que el derecho a la educación es la llave que abre todas las demás puertas, y de manera incondicional, me dio lo mejor siempre para que mis sueños se cumplieran. Hoy, una meta se alcanzó, y esta recompensa también es para ella.

Gracias a mi hermano, Ángel, con quien compartí no solo la vida, sino también la vida universitaria. Agradezco a Brandon, quien respetó mis prioridades desde el primer día y permaneció a mi lado durante el tránsito de esta carrera, trayendo paz en momentos de frustración, rabia, angustia o ansiedad. Gracias a todas las personas importantes de mi vida que me acompañaron en este camino desde el inicio y permanecieron a mi lado constantemente hasta el final, para hoy festejar tanto como yo este merecido resultado.

Gracias a los docentes que aportaron a mi formación, especialmente a los docentes de las prácticas con quienes compartí experiencias significativas y encuentros de aprendizajes constantes. Un agradecimiento profundo a la tutora Dra. Victoria Gradin, quien, desde un primer momento, aceptó mis intereses, me guió, enriqueció la propuesta con su vasto conocimiento para que pudiera concretarse, y sobre todo, me orientó en este difícil desafío de la escritura académica.

Gracias a mí misma, por ser resiliente en medio de adversidades y nunca desistir. Hoy reconozco que mi autoexigencia y compromiso me trajeron hasta aquí, pero mi mentalidad futurista me impulsa a ir más allá.

En pocas palabras, gracias a todos esos seres que son luz, no solo con palabras sino con actitudes. Sin dudas, eso hizo esto posible.

Índice

Agradecimientos	1
Resumen	3
1. Introducción	4
1.1 Estrés Temprano en la Vida o Experiencias Adversas en la Infancia	6
1.2 Maltrato Infantil	7
1.3 Maltrato Emocional	7
1.4 Negligencia Infantil	8
1.5 Negligencia Emocional	10
1.6 Diferenciando a la Negligencia Emocional del Maltrato Emocional	12
2. Algunos aspectos a tener en cuenta al estudiar la negligencia emocional	13
2.1 Dificultades metodológicas para la identificación y evaluación de la negligencia emocional	13
2.2 Características parentales en el contexto de la negligencia emocional	16
3. Impacto de la negligencia emocional infantil en la salud mental adulta	18
3.1 Mayor incidencia y asociación de la negligencia emocional con psicopatologías en comparación con la negligencia física	21
3.2 Efecto acumulativo de las experiencias adversas	22
3.2.1 Un estudio con control genético sobre el efecto de las experiencias adversas	24
3.3 Repercusión de la negligencia emocional en la regulación emocional	25
4. Correlatos neurobiológicos de la negligencia emocional	28
4.1 Hallazgos sobre alteraciones estructurales por negligencia emocional	29
4.1.1 Amígdala e hipocampo	29
4.1.2 Sustancia blanca	29
4.2 Hallazgos sobre alteraciones funcionales por negligencia emocional	30
4.2.1 Estudios de conectividad neural	31
4.2.2 Estudios con tareas experimentales	32
4.2.2.1 Procesamiento emocional	32
4.2.2.2 Procesamiento de la recompensa	33
4.3 Disfunción del eje hipotálamo-hipófisis-adrenal (HPA)	35
5. Consideraciones finales	37
5.1 Limitaciones y perspectivas futuras	37
5.2 Conclusiones	38
Referencias	40

Resumen

La negligencia emocional infantil es un tipo de maltrato que se caracteriza por la desatención a las necesidades emocionales y afectivas en la vida temprana. Presenta una alta prevalencia a nivel mundial y una asociación significativa con la aparición de diversas psicopatologías a largo plazo. Además, constituye una experiencia adversa altamente estresante para el/la niño/a que la padece, presentando correlatos neurobiológicos asociados al procesamiento emocional y de estímulos recompensantes. Este trabajo tiene como objetivo ofrecer un acercamiento al concepto de negligencia emocional y revisar la evidencia disponible sobre su impacto en la salud mental en la adultez, sintetizando además hallazgos neurobiológicos derivados de estudios con técnicas de neuroimagen. Se reconoce que, aunque esta experiencia ocurre en los primeros años de vida, puede tener consecuencias en otras etapas del ciclo vital, un aspecto que suele pasar desapercibido. Esta revisión busca contribuir a la recopilación de evidencia sobre la negligencia emocional infantil en el seno familiar, así como a visibilizar sus repercusiones para el desarrollo integral y la salud mental.

Palabras clave: negligencia emocional infantil, experiencias adversas en la infancia, estrés temprano en la vida, salud mental, psicopatologías.

1. Introducción

El presente Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República se inscribe en el marco de una revisión bibliográfica y análisis crítico de la evidencia científica existente sobre el impacto de la negligencia emocional infantil en la salud mental adulta. Particularmente, se examinan sus efectos a largo plazo, ya que existe una vasta evidencia que demuestra que dicha forma de negligencia es un factor de riesgo significativo para el desarrollo de diversas psicopatologías en la adultez (Martínez, D., et al. 2022). Asimismo, se propone explorar los correlatos neurobiológicos implicados, es decir, los efectos que tiene la negligencia emocional sobre el cerebro en desarrollo, considerando que las situaciones de negligencia emocional al surgir en la infancia, ocurre durante una etapa vital caracterizada por una alta sensibilidad al entorno.

La elección del tema responde al hecho de que la negligencia emocional ha recibido históricamente menor atención social e investigativa, así como menor visibilidad en comparación con otros estresores infantiles que han sido ampliamente estudiados (Kumari, 2020; Salokangas et al., 2019). Este desbalance también se observa dentro de los maltratos incluidos en la esfera emocional, particularmente al compararla con el maltrato o abuso emocional (Xiao, et al. 2022).

En consonancia con el objetivo de este trabajo, se delimita la revisión a evidencia científica que aborda la falta de satisfacción de las necesidades emocionales y psicológicas del niño/a en el contexto del núcleo familiar, haciendo especial énfasis en la relación entre cuidadores principales y el/la niño/a. Esta relación constituye, en condiciones normativas, el primer lazo afectivo significativo del niño/a, quien se encuentra en situación de dependencia y requiere una respuesta sensible por parte del adulto cuidador.

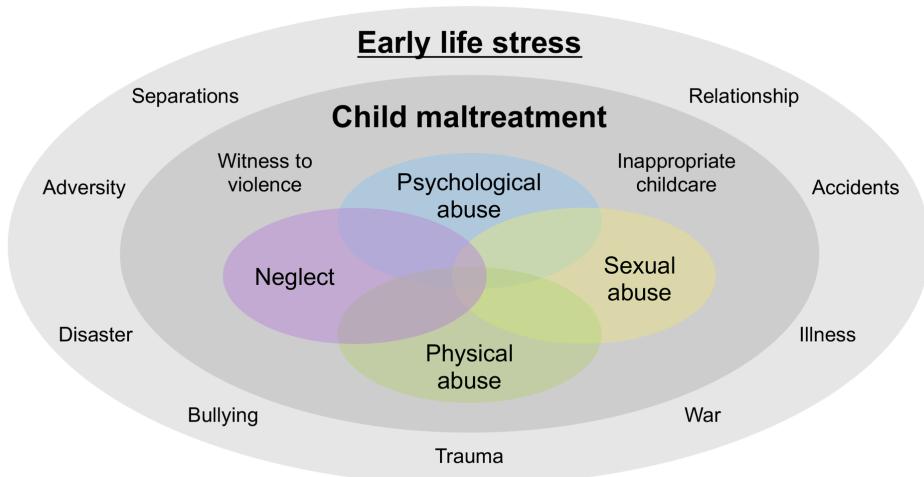
Como se ha mencionado, este trabajo se centra en el concepto de negligencia emocional, un constructo que a su vez se vincula a otros conceptos como la negligencia infantil, el maltrato infantil y el estrés temprano en la vida o experiencias adversas. Con el fin de ordenar conceptualmente estos términos, se propone un recorrido que avance desde lo más general a lo más particular. En primer lugar, se comienza definiendo el concepto más abarcativo de estrés temprano en la vida o denominado también experiencias adversas en la infancia, en tanto ambos términos son sinónimos y hacen referencia a estresores ambientales que ocurren en etapas tempranas del desarrollo. Dentro de este conjunto de vivencias desfavorables, se inscribe la negligencia emocional.

Dado que la negligencia emocional constituye, a su vez, un tipo de maltrato infantil, se definirá también este constructo. Asimismo, dentro de las formas de maltrato infantil se ubica la negligencia infantil, noción que será conceptualizada. Finalmente, tras este recorrido que se ha planteado, se definirá a la Negligencia Emocional y posteriormente se la diferenciará del Maltrato Emocional.

Con el propósito de ofrecer una visualización clara de la delimitación conceptual, se presenta a continuación la Figura 1 tomada de Nakama et al., (2023). Esta figura es un diagrama conceptual sobre el estrés temprano en la vida y sus manifestaciones, puntuizando en una de las principales experiencias adversas que es el maltrato infantil. A su vez, presenta los distintos tipos de maltrato infantil, donde se puede visualizar la categoría general de negligencia. Este esquema ampliamente utilizado en la literatura nos permite situar el lugar que ocupa la negligencia dentro del maltrato infantil y en el marco del estrés temprano en la vida.

Si bien la figura no presenta de forma específica a la negligencia emocional, su inclusión aporta para delimitar conceptualmente este constructo. Además, ilustra que las distintas formas de maltrato no son comportamientos separados sino que sus límites son difusos, por lo que tienden a superponerse y coexistir.

Figura 1. *Diagrama conceptual de la adversidad infantil y el maltrato infantil.*



Nota. Este diagrama representa el estrés temprano en la vida y los diferentes tipos de maltrato infantil, incluida la negligencia, ilustrando los solapamientos que existen entre las distintas formas de maltrato. Tomado de *Early life stress impairs brain and mental development during childhood increasing the risk of developing psychiatric disorders* (p.32), por Nakama et al., (2023).

1.1 Estrés Temprano en la Vida o Experiencias Adversas en la Infancia

El Estrés Temprano en la Vida (ELS por sus siglas en inglés) o también denominado Experiencias Adversas en la Infancia (ACE por sus siglas en inglés) son términos equivalentes utilizados en la literatura científica para referir a diversos estresores existentes en la vida temprana, es decir, durante los períodos más sensibles del desarrollo (desde la vida intrauterina e incluso antes de la concepción hasta la adolescencia) (De-Bofarull et al., 2019).

Para Juruena et al., (2020) el Estrés Temprano en la Vida refiere a las diferentes experiencias traumáticas que ocurren durante la infancia y la adolescencia, y que pueden tener repercusiones en la edad adulta. Entre ellas se encuentran la pérdida de un progenitor, la separación de los padres, las enfermedades infantiles, la violencia familiar y la privación de comida, ropa, techo y amor. De forma complementaria, Peña (2025) agrega que este constructo incluye al maltrato infantil (es decir, negligencia, abuso físico, abuso psicológico); factores estresantes sistemáticos (por ejemplo, pobreza y racismo); encarcelamiento de los padres; presenciar violencia doméstica o comunitaria; y pérdida del hogar (por ejemplo, por exclusión familiar, pobreza, desastres naturales o desplazamiento por guerra).

Cómo se puede observar, las definiciones expuestas destacan tanto la diversidad de experiencias que incluye este término, como también el potencial impacto que puede tener sobre el desarrollo.

Paralelamente, las experiencias adversas en la infancia también refieren a diversos eventos negativos que ocurren durante los primeros años del desarrollo, tales como formas de abuso (emocional, físico o sexual), negligencia (ya sea física o emocional) y situaciones de pérdida o separación de cuidadores significativos (Mansueto et al., 2021). Además, se incluyen situaciones como la exposición a violencia doméstica, encarcelamiento o consumo problemático de sustancias de familiares, separación parental, muerte de los cuidadores y la insatisfacción de necesidades básicas, entre otras (Dalechek et al., 2024).

Los estresores ambientales antes mencionados comprometen la seguridad, la estabilidad y el bienestar del niño/a. Es decir, son situaciones contextuales severas que superan la capacidad del niño/a para afrontarlas (Dalechek et al., 2024).

Como puede observarse, tanto el Estrés Temprano en la Vida como las Experiencias Adversas en la Infancia hacen referencia a un conjunto de experiencias que incluyen a la negligencia emocional. A su vez, la negligencia emocional es un tipo de maltrato infantil, y por ende se estudia enmarcada dentro de este constructo, por lo que resulta pertinente definir a continuación el concepto de Maltrato Infantil.

1.2 Maltrato Infantil

Dentro de todas las adversidades infantiles se encuentran las situaciones de Maltrato Infantil, constituyéndose en una forma prevalente, ampliamente estudiada y especialmente dañina de estrés en la vida temprana (Teicher & Samson, 2016).

El Maltrato Infantil según la OMS (2024) abarca:

cualquier forma de abuso o desatención que afecte a un menor de 18 años, abarca todo tipo de maltrato físico o afectivo, abuso sexual, desatención, negligencia y explotación comercial o de otra índole que dañe o pueda dañar la salud, el desarrollo o la dignidad del menor o que pueda poner en peligro su supervivencia en el contexto de una relación de responsabilidad, confianza o poder.

En las últimas décadas, se han logrado avances importantes en la identificación y visibilización del maltrato infantil, sobre todo del maltrato físico. Sin embargo, el maltrato emocional presenta una complejidad añadida debido a su naturaleza sutil y menos visible (Kumari, 2020; Salokangas et al., 2019).

A continuación se describe lo que se entiende por Maltrato Emocional ya que resulta importante definirlo para así más adelante diferenciarlo de la negligencia emocional, constructo que tiene especial interés en este trabajo.

1.3 Maltrato Emocional

El maltrato emocional es un tipo de maltrato caracterizado por la ausencia de lesiones físicas evidentes, lo cual dificulta su detección temprana, no obstante, esto no quita su poder de generar consecuencias psicológicas severas y duraderas (Teicher et al., 2022; Watson et al., 2025; Simon et al., 2024).

Según la Organización Mundial de la Salud (1999) el maltrato emocional implica ciertos actos por parte de los padres y/o de las personas que mantengan con el/la niño/a una relación de responsabilidad, confianza o poder. Entre estos actos se incluyen: “la restricción de movimientos y los comportamientos conceptuables como menospicio, denigración, culpación, amenazas, intimidación, discriminación y ridiculización, así como otras formas no físicas de hostilidad o rechazo” (OMS, 1999, p.15).

Puntualmente en Uruguay este es un fenómeno prevalente, de acuerdo al Informe de Gestión 2024 del Sistema Integral de Protección a la Infancia y Adolescencia contra la Violencia (SIPIAV, 2025) el maltrato emocional representa el 38% de los casos registrados. Es de destacar que a diferencia de otras formas de maltrato, en el maltrato emocional no se observan diferencias significativas en la prevalencia entre los sexos, afecta por igual a niñas y niños (50% en cada sexo) y ocurre principalmente en el ámbito intrafamiliar, donde las figuras parentales son los principales agresores (38% padres y 23% madres). Esta característica reviste particular importancia, dado que dichas figuras deberían proporcionar seguridad y afecto durante etapas críticas del desarrollo, pero en estos casos se convierten en fuentes de inseguridad y desconfianza, deteriorando la calidad del vínculo afectivo. Además, esta dinámica dificulta que los menores reconozcan la situación de violencia, lo que contribuye a la cronificación y naturalización de estas conductas, justificadas muchas veces como pautas de crianza (SIPIAV, 2025).

A partir de los conceptos ya definidos y sobre esta base, se definirá en la siguiente subsección qué se entiende por Negligencia Infantil en general, como modo de adentrarnos en el terreno de la negligencia.

1.4 Negligencia Infantil

De acuerdo a lo que se ha expuesto hasta aquí, antes de abordar específicamente a la negligencia emocional, es fundamental enmarcarla dentro de la Negligencia Infantil. Esta última es conformada por dos tipos, la negligencia física y la negligencia emocional. En esta línea, primero definiremos a la Negligencia Infantil, la cual, según la OMS (1999) se produce cuando:

no se proporciona lo necesario para el desarrollo del niño en todas las esferas; salud, educación, desarrollo emocional, nutrición, protección y condiciones de vida seguras, en el contexto de los recursos razonablemente disponibles de la familia o

los cuidadores, y como consecuencia de ello se perjudica o se corre un alto riesgo de perjudicar la salud del niño o su desarrollo físico, mental, espiritual, moral o social. Cabe incluir aquí el hecho de no vigilar a los niños y no protegerlos de daños en la medida de lo posible (p.15).

Esta definición es completa e integral en su contenido y se destaca por resaltar que la negligencia no es un fenómeno aislado, sino una problemática compleja que tiene el potencial de perjudicar el desarrollo físico y emocional, además de que sus efectos en la salud integral pueden manifestarse durante toda la vida, desde la niñez hasta la adultez.

A nivel nacional, para el Ministerio de Salud Pública (MSP, 2019) la negligencia infantil se manifiesta:

cuento los cuidadores no satisfacen las necesidades del niño, niña o adolescente (NNA), a pesar de contar con los medios para hacerlo. Se refiere no sólo a alimentos, vestimenta, cuidados, controles y consultas en salud, sino también a aspectos como supervisión, afecto, puesta de límites, falta de dedicación de tiempo de calidad, desatención de sus necesidades físicas, evolutivas, afectivas, estando en condiciones de hacerlo (p.48).

La definición antes mencionada resulta significativa, ya que contempla aspectos vinculados a las necesidades emocionales y afectivas, que se incluyen dentro de la categoría emocional.

De forma complementaria y considerando la disciplina dentro la cual se enmarca este trabajo, resulta pertinente mencionar que el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM-5), en la sección denominada “otros problemas que pueden ser objeto de atención clínica”, define la negligencia infantil como:

Cualquier acto atroz u omisión por parte de un progenitor o cuidador, confirmado o sospechado, que prive al niño de alguna necesidad básica correspondiente a su edad y que en consecuencia provoque o genere una probabilidad razonable de causar un daño físico o psicológico en el niño. La negligencia infantil incluye el abandono, la falta de supervisión adecuada, la falta de atención a las necesidades emocionales o psicológicas y el hecho de no proporcionar la necesaria educación, asistencia médica, nutrición, residencia o vestido (American Psychiatric Association, 2014, p. 401).

Esta definición es relevante en tanto reconoce que las necesidades emocionales y psicológicas son fundamentales en el desarrollo infantil, y su omisión puede ocasionar daños o perjuicios. Por lo tanto, la negligencia consiste a grandes rasgos en la falta de protección por parte del adulto responsable a un niño/a de la exposición a toda situación peligrosa o potencialmente perjudicial para su desarrollo o salud. A su vez, se caracteriza por la omisión persistente de acciones importantes en varios aspectos del cuidado (Iwaniec, D., 2003).

Como se ha mencionado anteriormente, la negligencia implica la insatisfacción persistente de necesidades básicas, ya sean de índole física o emocional y puede manifestarse de formas tanto visibles como sutiles. En consonancia con esto, en la siguiente subsección se definirá de forma detallada exclusivamente a la negligencia emocional.

1.5 Negligencia Emocional

De acuerdo a lo expuesto desde el inicio de este trabajo, existe una amplia variedad de experiencias adversas; no obstante, la negligencia emocional se reconoce como una de las formas más prominentes en la vida temprana (Martínez et al., 2022). Específicamente cuando el estresor consiste en la ausencia de amor, apoyo, validación emocional y comprensión, estamos frente a negligencia emocional. En este sentido, la negligencia emocional es una forma de omisión o falta de respuesta a las necesidades emocionales básicas del niño/a (Kumari, 2020). Esta omisión, aunque no siempre es evidente, puede tener consecuencias significativamente dañinas para la salud y el desarrollo (Carvalho, 2024).

El estudio de la negligencia emocional enfrenta dos principales dificultades, su conceptualización y su medición (Martínez, M., 1997). En esta sección mencionaremos lo que corresponde a la conceptualización, mientras que lo que refiere a la medición se abordará más adelante en su sección correspondiente (2.1).

Respecto a la conceptualización, existen diversas clasificaciones de maltrato infantil donde algunas incluyen a la negligencia emocional como un tipo de maltrato mientras que otras no, la omiten, lo que dificulta en primer lugar su reconocimiento (McKay, M., 2021). A ello, se suma la falta de consenso sobre los subtipos de Negligencia (Bedoya-Gallego et al., 2024). Mientras ciertos autores consideran la negligencia emocional como una dimensión dentro de la negligencia general, otros solo contemplan la negligencia física. Esta heterogeneidad

teórica provoca que muchos estudios analicen la negligencia en sí misma, sin diferenciar entre sus dos tipos, física y emocional, de modo que los hallazgos sobre esta última forma suelen confundirse o quedar subsumidos. Incluso, hay clasificaciones que reducen a la negligencia únicamente a la dimensión física, como si fuera el único tipo de negligencia existente. En estos casos, las manifestaciones emocionales sólo se abordan bajo la categoría de maltrato emocional (ya definida en la subsección 1.3), lo cual excluye a la negligencia emocional como entidad propia.

En este trabajo se optará por definir y analizar de manera exclusiva la negligencia emocional. Para Glaser, D., (2002) esta es una relación entre el cuidador y el/la niño/a que se caracteriza por interacciones dañinas, que no requieren contacto físico. Es decir, la negligencia emocional se da en la relación misma entre los padres y el/la hijo/a, en vez de ser un evento particular o varios eventos puntuales que ocurren dentro de la relación. Se destaca que, aunque las interacciones carezcan de intención de causar daño al niño/a, estas son igualmente perjudiciales para su salud, desarrollo psicológico y emocional (Glaser, 2002).

El vínculo por lo general se caracteriza por negar una respuesta emocional en las interacciones, implicando la falta persistente de afecto, interacción, validación emocional, contención, seguridad, motivación, apoyo, reconocimiento o el acompañamiento en situaciones de malestar psicológico (Kumari, 2020; Salokangas et al., 2019), e incluso negarle el acceso necesario a atención en salud mental (Centers for Disease Control and Prevention [CDC], 2008).

En síntesis, este constructo se destaca por la privación de atención a las necesidades emocionales y la omisión de cuidados afectivos (Xiao et al., 2022). Por lo tanto, refleja la incapacidad de las figuras de cuidado para satisfacer las necesidades emocionales y psicológicas básicas que favorecen el buen desarrollo del niño/a.

Debido a las características antes mencionadas, esta forma de negligencia reviste un carácter particularmente insidioso, ya que al no dejar marcas físicas evidentes, suele pasar desapercibida (De-Bofarull, et al. 2019). Además tiende a ser socialmente normalizada, e incluso muchas veces llega a ser justificada en función de factores como las condiciones de vida, costumbres culturales o estilos de crianza (Kumari, 2020). No obstante, se trata de un fenómeno complejo y con alcance global que trasciende las fronteras de clase social, etnia, religión, edad y nivel educativo, y puede manifestarse tanto en público como en privado (Glaser, 2002).

Frecuentemente, la negligencia emocional se confunde con el maltrato emocional. Por lo tanto, en este marco teórico es necesario describir sus diferencias, destacando las principales discrepancias entre ambos fenómenos.

1.6 Diferenciando a la Negligencia Emocional del Maltrato Emocional

Como se pudo observar en las secciones anteriores, todos los tipos de maltrato, incluso el emocional, se caracterizan por un acto que causa daño, en cambio, en la negligencia el daño es causado por la omisión (Kumari, 2020), es decir, por la ausencia de ese acto necesario. Esta es la primera y principal diferencia entre ambos términos.

Otra clara distinción entre el maltrato emocional y la negligencia emocional la plantean Baker & Festinger (2011), como también lo hace de forma similar Iwaniec (2003). Dichos autores afirman que tanto el maltrato emocional como la negligencia emocional tienen dos características principales propias y diferentes entre sí. En el caso del maltrato emocional estas son: 1) actos de comisión y 2) crianza hostil; mientras que la negligencia emocional se caracteriza por: 1) actos de omisión y 2) crianza indiferente.

Congruente con lo antes mencionado, otro aspecto a destacar, es la ausencia de acciones activas por parte del cuidador principal en la situación de negligencia emocional, a diferencia del maltrato emocional que se manifiesta por medio de hostilidad verbal en forma de humillaciones, gritos, insultos, críticas, rechazo, aislamientos, amenazas, exposición a violencia, abandono, con la intención de desvalorizar y menoscabar a la víctima (Arruabarrena & De Paúl, 1999; Amores-Villalba & Mateos-Mateos, 2017). Azaola, E. (2007) menciona que este tipo de maltrato incluyen por ejemplo: “amenazas verbales y humillaciones; forzar al niño al aislamiento; intimidarlo; explotarlo o hacerle reclamos irrationales (p.56)”. Arruabarrena & De Paúl (1999) agrega que implica un (...) constante bloqueo de las iniciativas de interacción infantiles (desde la evitación hasta el encierro o confinamiento) por parte de cualquier miembro adulto del grupo familiar” (p.31).

En contraste, la negligencia emocional constituye un maltrato en forma pasiva caracterizada por la indiferencia ante sus emociones y la ausencia de validación, consuelo y apoyo (Kumari, 2020). Para Amores-Villalba & Mateos-Mateos (2017) esta es la “privación de estimulación afectiva, respuestas inconsistentes por parte de los adultos a las señales de interacción afectiva del niño; omisión de cuidados psicológicos y de atención a las

necesidades del menor, incluido el abandono” (p. 82). Es así que para Azaola, E. (2007) la negligencia emocional tiene lugar cuando “las necesidades del niño de sentirse amado, deseado, seguro y valioso no le son satisfechas” (p. 55). Es posible identificar que la insatisfacción se da por medio de la privación y desatención. Esta omisión en el cuidado emocional refuerza su carácter “invisible”, en tanto no implica acciones concretas y el daño no se da por estas sino por la falta de acciones necesarias.

Avanzando en el abordaje de cuestiones vinculadas al estudio de la negligencia emocional y factores que influyen en la evidencia científica disponible, en la siguiente sección se abordará las dificultades metodológicas encontradas para la identificación y evaluación de la negligencia emocional como también características parentales propias del contexto de negligencia emocional.

2. Algunos aspectos a tener en cuenta al estudiar la negligencia emocional

Cuando intentamos realizar un acercamiento a la comprensión de la negligencia emocional, notamos su complejidad y con ella nos enfrentamos a diversos aspectos que la atraviesan. Particularmente existen dificultades metodológicas y características parentales que se encuentran ligadas a este constructo. Dichos aspectos serán desarrollados en las siguientes subsecciones.

2.1 Dificultades metodológicas para la identificación y evaluación de la negligencia emocional

A pesar de que la negligencia emocional es una forma de maltrato muy común e importante, paradójicamente resulta difícil de identificar y medir debido a la escasez de instrumentos validados y a la dificultad de estudiarla de manera aislada (Martínez et al., 2022).

Un factor que potencia la dificultad en la identificación de Negligencia es la creencia social de que es menos grave que otros tipos de maltrato, siendo que en realidad es un problema tan importante como cualquier otra forma. Asimismo, Fung et al., (2020) al enfatizar en este aspecto mencionan que a pesar de que la evidencia científica muestra sus efectos nocivos, sin embargo, muchas personas creen que algunas formas de maltrato infantil (por ejemplo, abuso físico y sexual) son más dañinas que otras, aunque esté comprobado científicamente

que tanto el abuso físico como el abuso sexual, el abuso emocional y la negligencia emocional infantil se asocian con problemas de salud mental.

A esta dificultad de identificación de la negligencia emocional se le añade otra dificultad, respecto a la evaluación de la Negligencia. A su vez, ambas consecuentemente influyen en el ámbito de investigación como en el clínico.

Respecto a la evaluación, su dificultad se da por la ausencia de estándares claros y herramientas efectivas, por lo que las evaluaciones pueden ser subjetivas y por ende cada profesional tiene sus propios criterios para determinar qué es negligencia. Esto surge por la carencia de herramientas e instrumentos efectivos para su detección. Se evidenció en los resultados de la investigación de Haworth et al. (2022), que únicamente son dos los instrumentos de evaluación que cumplen con el fin de detección, estos son los denominados: Child Neglect Index (CNI) y Modifications of the Maltreatment Classification System (MCS). Sin embargo, el CNI no aborda la negligencia emocional, y el MCS presenta limitaciones en cuanto a su validez y confiabilidad. En síntesis, existen importantes brechas en la medición de la negligencia infantil, destacándose la ausencia de un estándar universalmente aceptado para su evaluación/detección.

Asimismo en las revisiones bibliográficas consultadas para este trabajo (Xiao, et al., 2022; Syed & Nemeroff, 2017; Martinez, et al., 2022; Mansueto et al., 2021; Dalechek et al., 2024; Teicher & Samson, 2016; Carvalho, et al., 2024; Tomoda, et al., 2024; Watson et al., 2025; Simon et al., 2024) se ha visto en general mayor uso de dos cuestionarios para la identificación de negligencia emocional, pero no es un instrumento específico y únicamente para esta, sino que evalúa otras situaciones desfavorables. Estos instrumentos son: el Cuestionario de Trauma Infantil (CTQ) y el Cuestionario internacional de experiencias adversas en la infancia (ACE-IQ).

Para que las evaluaciones de negligencia sean rigurosas, se requiere un enfoque basado en la evidencia para la confección de instrumentos fiables que evalúen específicamente esta problemática y que al hacerlo consideren plenamente la presencia, la ausencia y los niveles de todas las categorías de negligencia (Haworth et al., 2022).

A estas dificultades se suma el hecho de que la negligencia emocional, especialmente cuando ocurre en los primeros años de vida suele pasar desapercibida. Esto se debe a que por lo general ocurre en privado y a que, por la edad del niño/a resulta difícil que puedan identificar o expresar este tipo de vivencias. En consecuencia, por este mismo motivo

desconocen lo que les corresponde recibir en términos de cuidado y la atención que necesitan (Iwaniec, 2003).

En este sentido, la dificultad en medición de la negligencia emocional, presenta una complejidad significativa debido a su carácter intangible y a la ausencia de indicadores físicos observables. A diferencia de otras formas de maltrato infantil, sus manifestaciones no son fácilmente visibles, lo que dificulta su identificación, evaluación y medición (Haworth et al., 2022; Fung et al., 2020). A partir de ello, resulta especialmente pertinente considerar la literatura sobre la impredecibilidad del cuidador, la cual indica que las señales sensoriales, afectivas y conductuales del cuidador fluctúan momento a momento, generando patrones de respuesta o disponibilidad inconsistentes y difíciles de anticipar (Ugarte & Hastings, 2025). Esta variabilidad permite comprender por qué las manifestaciones de negligencia emocional son difíciles de detectar, ya que la conducta del cuidador es irregular, la falta de respuesta no se manifiesta como una omisión estable y reconocible, sino como una secuencia ambigua en la que se alternan episodios de atención con períodos de indiferencia.

Respecto a la dificultad de estudiar a la negligencia emocional de manera aislada, según Bedoya-Gallego, D., et al. (2024), se debe a la frecuente coexistencia con otras vivencias negativas. Por ello, gran parte de la literatura científica sobre los efectos psicológicos y neurobiológicos de la negligencia emocional, la ha estudiado en conjunto con otras situaciones adversas. Esto también se refleja en la bibliografía utilizada para este trabajo, a pesar de que el foco está en la negligencia emocional, varias investigaciones que provienen de estudios más amplios sobre el estrés temprano de la vida o experiencias adversas en la infancia aportan evidencia valiosa sobre esta temática.

Particularmente, cuando se intenta estudiar su relación con la aparición de trastornos mentales en la adultez, la complejidad aumenta, ya que es casi imposible que un individuo haya experimentado únicamente negligencia emocional y ninguna otra experiencia negativa en sus primeros años de vida (McKay, M., 2021). Cabe agregar que, en la etiología de los trastornos mentales, además de estas situaciones vivenciales, también influyen factores genéticos y múltiples aspectos contextuales, por lo que es difícil determinar con certeza qué efectos son atribuibles exclusivamente a la negligencia emocional.

Luego del recorrido conceptual previamente realizado, es relevante mencionar que la negligencia emocional no surge de un solo factor sino que de la combinación de varios, ya que tiene un origen relacional y contextual (Iwaniec, 2003). Uno de los factores más importantes mencionado por los autores que se encuentra estrechamente involucrado en

las situaciones de negligencia emocional son las características parentales comunes a dichas situaciones (DeJong et al., 2021; Avdibegović & Brkić, 2020; Fonzo et al., 2016; Xiao et al., 2022; Teicher & Samson, 2016), las cuales serán desarrolladas en la siguiente sección.

2.2 Características parentales en el contexto de la negligencia emocional

Las situaciones de negligencia emocional se reflejan por dinámicas de privación afectiva, debido a diversos comportamientos parentales e interacciones vinculares. El adecuado desempeño de las funciones parentales resulta fundamental para el desarrollo emocional y para prevenir la manifestación de negligencia emocional. Por este motivo, en esta sección se desarrollarán aspectos vinculados a esta relación.

Si bien la negligencia emocional resulta de múltiples factores, la mayoría se relacionan con conductas y características parentales consideradas de riesgo significativo, dado que la calidad de la relación entre padres e hijos constituye un componente central. Generalmente, se caracteriza por cuidadores emocional y psicológicamente inaccesibles, evasivos o insensibles a las necesidades y deseos del niño/a, lo que implica una falta sostenida de atención y respuesta afectiva adecuada (Fonzo et al., 2016). En este sentido, la literatura sobre la impredecibilidad del cuidador caracteriza su conducta por presentar señales fluctuantes en el tiempo, siendo estas inconsistentes y posiblemente confusas, dificultando en el niño/a la predicción o expectativa de comportamientos futuros del cuidador (Ugarte & Hastings, 2023).

Siguiendo los planteos de Iwaniec (2003), el comportamiento parental en la negligencia emocional se manifiesta por una reacción pasiva ante las necesidades emocionales del niño/a. Algunos ejemplos concretos de esta conducta indiferente es ignorar los llantos y las señales de angustia de sus hijos/as, como también sus pedidos de ayuda o consuelo, deseo de cariño y seguridad. Ugarte & Hastings (2023) postulan que estas conductas en los cuidadores impredecibles no permanecen estables, sino que varían, lo que ellos denominan como variabilidad en la sensibilidad del cuidador. Cuando esta variabilidad es alta, el cuidador alterna desde muy sensible a insensible a lo largo del tiempo (Ugarte & Hastings, 2023).

Por otra parte, el Consejo Científico Nacional sobre el Niño en Desarrollo de la Universidad de Harvard (2012) describe cuatro tipos de falta de respuesta del cuidador, con diversos

grados de gravedad. Primero, la falta de atención ocasional, que ocurre cuando el cuidador no responde inmediatamente pero dentro de un ambiente afectuoso, y que no se considera perjudicial, pues contribuye al aprendizaje de la autonomía infantil. Este tipo de omisión no será abordado en este trabajo. Segundo, la subestimulación crónica, caracterizada por una atención y apoyo insuficientes para el desarrollo adecuado, con pocas interacciones diarias o largas horas de soledad o exposición a pantallas, afectando el desarrollo cognitivo, social y emocional. Este tipo sí se incluye en el análisis. Tercero, la negligencia grave en la familia, que consiste en la falta continua de interacciones afectivas y, a veces, la carencia de servicios básicos como nutrición o salud, por lo que no concuerda con la temática de este trabajo. Y finalmente, la negligencia grave en instituciones, que afecta a niños en orfanatos con escasas interacciones afectivas, situación fuera del foco de este trabajo.

En esta línea, para Teicher & Samson (2016) se pueden distinguir dos tipos de parentalidad: una que propicia el desarrollo óptimo, caracterizada por la sensibilidad, responsividad, afecto y consistencia; y otra marcada por la insensibilidad, inconsistencia y negligencia. Esta última implica la falta de provisión de necesidades físicas y emocionales, como por ejemplo no responder al malestar del niño/a, ignorar sus necesidades sociales o exigir que enfrente situaciones para las que aún no está preparado/a, generando así inseguridad y estrés sostenido. Este planteamiento se complementa con la línea de la impredecibilidad del cuidador, en tanto señala que la expresión afectiva o comportamental del cuidador puede estar sujeta a varios factores, de los cuales Ugarte & Hastings (2023) enumera tres, rutinas diarias, estrés y el tiempo que pasa con sus seres queridos.

Continuando en la línea acerca de las circunstancias familiares que favorecen la manifestación de negligencia emocional, DeJong et al. (2021) afirman que suele estar asociada con depresión parental o abuso de drogas, como también con problemáticas como la pobreza y el aislamiento social. Algunas características de las figuras parentales que tienen el potencial de propiciar el cometimiento de negligencia son las experiencias de vida personales, condiciones contextuales actuales como adicciones, enfermedades, desconocimiento sobre habilidades parentales, expectativas irreales respecto al niño/a, y una excesiva preocupación por las propias necesidades. Estas situaciones pueden limitar la capacidad de los adultos para identificar y satisfacer adecuadamente las necesidades físicas y emocionales del niño/a, tal como señalan Avdibegović & Brkić (2020).

Otro aspecto que influye en la posibilidad de que ocurran situaciones de negligencia es la dinámica familiar, entendida como la composición familiar y la calidad de los vínculos. Características respecto a la estructura y tamaño de la familia son relevantes, como también

la presencia de otras formas de violencia y el nivel socioeconómico, estas condicionan los recursos disponibles para el cuidado (Avdibegović & Brkić, 2020). Cuando estas variables son desfavorables, se incrementa la probabilidad de negligencia emocional.

Xiao et al. (2022) destaca que la negligencia emocional no es necesariamente intencional, por lo que, muchas veces los cuidadores no son conscientes de que están descuidando emocionalmente a su hijo/a. Un ejemplo de lo antes mencionado es cuando el niño/a es percibido como “problemático/a”, lo cual reduce la provisión de estímulos afectivos y cognitivos esenciales para su bienestar (Avdibegović & Brkić, 2020).

En síntesis, si bien no existe un manual para ejercer la maternidad y paternidad, ciertas responsabilidades inherentes a este rol (como el cuidado físico y emocional) impactan directamente en el bienestar y desarrollo infantil. Por lo que, el afecto parental se configura como un factor fundamental para el desarrollo integral del niño/a, que abarca aspectos cognitivos, físicos, emocionales, lo cual impacta potencialmente en la salud mental (De-Bofarull et al., 2019).

De acuerdo con lo mencionado anteriormente, la siguiente sección se centrará en el impacto de la negligencia emocional en la salud mental adulta.

3. Impacto de la negligencia emocional infantil en la salud mental adulta

Dado que la negligencia emocional infantil ha sido identificada como una forma de maltrato con profundas implicancias en el desarrollo emocional, se asocia con un mayor riesgo de desarrollar problemas emocionales, conductuales y relaciones en la adultez. En este sentido, se presentará evidencia sobre la repercusión de la negligencia emocional infantil a largo plazo, es decir, sus efectos sobre la salud mental llegada la edad adulta.

A pesar de su carácter silencioso y a menudo no deliberado, la negligencia emocional tiene alta prevalencia y presenta consecuencias en la salud mental como cualquier otro tipo de maltrato infantil (Perry & Gunnar, 2019; Kumari, V., 2020). En congruencia con lo antes mencionado, existe una asociación significativa entre la exposición a negligencia emocional durante la infancia y un mayor riesgo de desarrollar trastornos mentales en la adultez, incluyendo depresión, ansiedad, trastornos de la personalidad y comportamientos suicidas (Xiao, et. 2022; Carvalho et al., 2024; Watson et al., 2025). En esta misma línea, Simón et

al. (2024) afirman que la negligencia emocional se asocia con una autoestima baja, autoimagen negativa y mayor riesgo de desarrollar trastornos como depresión, TEPT y ansiedad. Cabe destacar que, aunque algunas consecuencias pueden aparecer a corto plazo, muchas de ellas emergen o persisten en la adolescencia o adultez, como pueden ser también las dificultades en la regulación emocional.

En una revisión reciente, Peña (2025) destaca que el estrés vinculado a negligencia emocional en la infancia representa un factor de riesgo que contribuye significativamente a la aparición de dichos trastornos psiquiátricos e intentos de suicidio en la adultez. Aunque de acuerdo con Cassiers et al., (2018) la negligencia emocional es el único subtipo de trauma que no presenta asociación con la autolesión.

Según Juruena et al. (2020), aproximadamente el 60% de los episodios de ansiedad están precedidos por situaciones estresantes, en su mayoría de tipo psicosocial. Este hallazgo sugiere que la vulnerabilidad individual fundada por reiterados sucesos estresantes, juega un rol importante en la sensibilidad a ciertos estresores y por consiguiente a episodios ansiosos.

Comprobando lo mencionado en esta sección, Kuzminskaitė et al. (2022) llevaron a cabo un estudio longitudinal de seis años, con adultos diagnosticados con depresión y/o ansiedad. En esta investigación evaluaron el impacto del trauma infantil (incluyendo negligencia emocional, abuso emocional, físico y sexual) en la evolución de los síntomas a lo largo del tiempo. Observaron que aproximadamente la mitad de los participantes había sufrido al menos un tipo de trauma durante la infancia, siendo la negligencia emocional (44%) la más prevalente. Los resultados evidenciaron que todos los tipos de trauma infantil, y en particular la negligencia emocional, son un factor de riesgo clave para la sintomatología ansiosa y depresiva persistente. A su vez, se asociaron significativamente con una mayor gravedad de los síntomas de ansiedad, depresión y fobia. Estas asociaciones se mantuvieron estables en el tiempo y no presentaron diferencias significativas entre sexos.

Asimismo, Xiao et al. (2022) indica que las poblaciones clínicas (personas con sintomatología psicopatológica) presentan una mayor probabilidad de haber sufrido negligencia emocional en comparación con las poblaciones no clínicas. Estos hallazgos parecen ser universales, ya que no se observaron diferencias relevantes por motivos culturales en la literatura de habla inglesa y china revisada por Xiao, et al. (2022). En la misma revisión, se destaca que a pesar de su impacto, la negligencia emocional ha recibido menos atención investigativa que el abuso emocional.

De forma similar, en el estudio de Salokangas et al., (2019) se afirma que la negligencia emocional predice trastornos depresivos, de ansiedad y de abuso de sustancias. Un resultado sorprendente es que, a pesar de que por lo general se la considera menos grave y traumatisante que el abuso emocional, la negligencia emocional se mostró como un predictor de la presencia de trastornos mentales, mientras que el abuso emocional no lo fue. Este hallazgo sugiere que una atmósfera familiar con carencias en validación, seguridad y aprecio (negligencia emocional) puede generar efectos profundamente nocivos en la salud mental, incluso más que episodios puntuales y ocasionales de humillación o rechazo (abuso emocional). Los resultados de este estudio también muestran que la negligencia emocional fue el tipo de maltrato más reportado, ya que más de la mitad de los participantes vivieron negligencia emocional en su infancia (67,5%), mientras que en los demás tipos de maltrato se reportaron porcentajes menores.

Lo antes mencionado concuerda con un metaanálisis de Nelson et al. (2017), el cual halló que la negligencia emocional se relaciona más fuertemente con la presencia de la depresión, siendo además la forma más común de maltrato infantil en personas con depresión. A su vez, se demostró que el abuso emocional se relaciona más con la gravedad de la depresión. A partir de esto, se entiende que la negligencia emocional tiene un rol especialmente relevante si se considera sólo la presencia de la depresión en sí misma.

Tanto la negligencia emocional como el abuso emocional se han identificado como factores de riesgo transdiagnóstico para diversos trastornos psiquiátricos, en particular para la ansiedad y la depresión. Este impacto está mediado por alteraciones en el procesamiento emocional de las experiencias individuales y sociales, que a su vez, está asociado con una alteración en el funcionamiento neuronal (Kumari, 2020).

Como se ha señalado previamente, a diferencia de otros subtipos de trauma, la negligencia emocional es el predictor más significativo para patologías de salud mental (Jin et al., 2025). Asimismo, se asocia con una amplia variedad de trastornos y no con uno específico. Aunque algunos estudios se centran en su relación con cierta psicopatología, la negligencia emocional constituye un factor de riesgo transdiagnóstico para muchos problemas de salud mental (Kumari, 2020).

A lo ya expuesto, se le agrega que existe evidencia interesante que demuestra mayor incidencia de la negligencia emocional que de la negligencia física en la aparición de

distintos trastornos mentales. Por consiguiente, en la siguiente subsección se abordará exclusivamente el aspecto mencionado.

3.1 Mayor incidencia y asociación de la negligencia emocional con psicopatologías en comparación con la negligencia física

Con respecto a la incidencia de la negligencia infantil, se han reportado estimaciones que varían según el tipo de negligencia, es decir, si es física o emocional. Según una revisión, se ha estimado que las tasas de incidencia oscilan entre el 16,3% y el 20,6% para la negligencia física y entre el 18,4% y el 29,4% para la negligencia emocional (Avdibegović & Brkić, 2020). Estos datos indican que, en ciertos contextos, la incidencia de la negligencia emocional puede superar a la de la negligencia física, lo que resalta la relevancia que tiene este fenómeno en la sociedad, por lo que es de suma importancia abordar de manera específica este tipo de maltrato.

Del mismo modo, Carvalho (2024) en su metaanálisis encontró una alta prevalencia de negligencia en personas con trastornos psiquiátricos: 46,6% para negligencia no especificada, 43,1% para negligencia emocional y 34,8% para negligencia física. Estos datos refuerzan la mayor frecuencia e impacto de la negligencia emocional en comparación con la física. Si bien la negligencia no especificada (general) presenta la mayor proporción, la negligencia emocional se ubica por encima de la negligencia física. Esto respalda la idea de que la negligencia emocional es una forma particularmente frecuente y de alto impacto en personas con problemas de salud mental.

En esta misma línea, un estudio de Fung et al. (2020), con medidas de experiencias adversas en la infancia y sintomatología de diversos trastornos mentales (depresión, ansiedad, trastorno límite de la personalidad, trastorno de estrés postraumático y disociación somatoformes) mostró que las tasas de abuso emocional infantil y negligencia emocional infantil fueron las más elevadas (43,3 % y 44,5% respectivamente), incluso es de destacar que entre ambas, la más reportada fue la negligencia emocional. A su vez, en este estudio se señala que las personas que habían experimentado tanto abuso emocional como negligencia emocional presentaban puntuaciones más elevadas para psicopatologías, en comparación con quienes habían vivido otros tipos de abuso.

Respecto a la asociación de la negligencia emocional con el desarrollo de psicopatologías, existen algunos autores que afirman que la probabilidad es aún mayor cuando esta

experiencia (la negligencia emocional) se suma a otras vivencias traumáticas. En este sentido, a continuación se desarrollará el efecto acumulativo de dichas experiencias.

3.2 Efecto acumulativo de las experiencias adversas

Algunos autores mencionan que existe un efecto acumulativo en las vivencias tempranas de estrés, por lo que, a mayor número de experiencias adversas, mayor probabilidad de desarrollar trastornos mentales (McLaughlin et al., 2010; Martínez et al., 2022; Daníelsdóttir et al., 2024; Mansueto et al., 2021; Xiao, 2022; Watson et al., 2025). Este fenómeno es denominado por varios autores como “relación dosis-respuesta”, que describe el vínculo entre la exposición a factores estresantes de la vida y el incremento en el riesgo de presentar problemas de salud mental (Dalechek et al., 2024; McKay et al., 2021).

Para Juruena et al., (2020) estas experiencias pueden afectar a múltiples dimensiones del funcionamiento humano (emocional, conductual, cognitiva, social y física) y se consideran un factor de riesgo significativo para el desarrollo de psicopatologías, tanto de trastornos internalizantes (como ansiedad y depresión) como de externalizantes (como agresividad o conductas desafiantes). Incluso, dichos eventos sucedidos en los primeros años de vida son uno de los predictores más consistentes de la aparición de trastornos mentales, según la revisión de Chocyk et al., (2013). En la misma revisión se reportan datos que demuestran que el estrés temprano en la vida debido a vivencias desfavorables se asocia con el 59,5% de los trastornos que emergen en la infancia, con el 32,6% en la adolescencia y con el 13,6% en la adultez posterior, lo cual refuerza su relevancia etiológica. Entendiendo que afectan tanto el bienestar inmediato como a largo plazo (Daníelsdóttir et al., 2024; Dalechek et al., 2024).

En este sentido, la literatura respalda la hipótesis del riesgo acumulativo, según la cual la exposición a múltiples eventos adversos en la infancia incrementa la probabilidad de presentar afecciones en la salud mental, independientemente de la naturaleza específica de cada adversidad (Xiao, et al. 2022; Martínez et al., 2022; Salokangas et al., 2019; Peña, 2025).

En el caso específico de la depresión, Watson et al. (2025) señalan que los individuos con antecedentes de cualquier tipo de maltrato infantil presentan síntomas más graves, mayor recurrencia, inicio más temprano y mayores tasas de comorbilidades en comparación con

quienes no han vivido estas experiencias. Según los hallazgos presentados, las personas que han sufrido cualquier forma de maltrato infantil presentan aproximadamente 2,5 veces más probabilidades de experimentar depresión en la adultez en comparación con quienes no han tenido dichos antecedentes (Watson et al. 2025).

Algunos autores indican una asociación significativa entre la exposición a experiencias adversas en la infancia y la presencia de sintomatología ansiosa en la adultez, evidenciando una relación dosis-respuesta: a mayor número o severidad de experiencias adversas vividas en la infancia, mayor intensidad de los síntomas de ansiedad reportados en la adultez (Dalecheck et al., 2024). En esta misma línea, Lähdepuro et al. (2019) señalan que la acumulación de estrés en la infancia incrementa los síntomas de ansiedad en la adultez tardía y constituye un factor de riesgo para ansiedad clínicamente significativa en la vejez.

Asimismo, si bien la negligencia emocional infantil es un antecedente común y constituye un factor clave en la etiología de diversos trastornos en la salud mental, algunos estudios (como el de McLaughlin K, et al. 2010) sugieren que la acumulación de múltiples experiencias adversas disminuye la capacidad de manejar el estrés posteriormente, dando lugar a respuestas emocionales más intensas y por ende a un mayor riesgo de desarrollar ciertas psicopatologías. En su investigación, las reiteradas exposiciones a situaciones estresantes (como el abuso físico, abuso emocional, negligencia emocional y disfunciones familiares) se asociaron con un incremento significativo en la vulnerabilidad para desarrollar episodios depresivos ante situaciones estresantes en la adultez. Los datos mostraron que, en algunos casos, el incremento en el riesgo casi se duplicaba en comparación con quienes no tenían antecedentes de tales adversidades (McLaughlin K, et al. 2010). De forma similar, basados en el mismo modelo teórico, en la investigación de Daníelsdóttir et al. (2024) afirman que un mayor número de experiencias adversas se asociaba de forma sistemática con una mayor probabilidad de presentar cualquier trastorno psiquiátrico en la adultez. Específicamente, cada experiencia adversa adicional incrementaba en un 52% la probabilidad de recibir un diagnóstico psiquiátrico.

En conjunto, la evidencia presentada hasta aquí da cuenta del efecto acumulativo por la suma de diversas vivencias estresantes, basándose en un índice global de adversidades. Sin embargo, estos hallazgos pueden complementarse con evidencia que demuestra el efecto acumulativo existente incluso dentro de un mismo subtipo de adversidad, determinado por la frecuencia e intensidad de la experiencia. En esta línea, Jin et al. (2018) observaron que las personas con mayor exposición a negligencia emocional presentaban

niveles significativamente más altos de depresión, ansiedad y sensibilidad al rechazo en comparación con aquellas con niveles bajos de exposición a negligencia emocional.

La literatura respalda que el estrés ocasionado por situaciones de negligencia emocional impacta en la capacidad del individuo para afrontar otras situaciones estresantes en etapas posteriores de la vida, configurando una vulnerabilidad a diversas psicopatologías. Adicionalmente, Syed & Nemeroff (2017) destacan que si bien haber estado expuesto a diversos estresores en la vida temprana tiene un impacto profundo y sostenido sobre el sistema nervioso central y otros sistemas fisiológicos, tanto a corto como a largo plazo, no obstante, no todas las personas expuestas a varias experiencias traumáticas desarrollan psicopatología, lo que demuestra el papel de los factores genéticos en la modulación del riesgo.

En suma, si bien el entorno afectivo en los primeros años de la vida constituye un factor clave, también influyen otros factores como la predisposición genética en la aparición de los trastornos mentales. Por este motivo, a continuación se presentará un estudio que resulta particularmente ilustrativo acerca de lo que sucede cuando dos personas con los mismos genes difieren en la exposición a experiencias adversas, entre ellas, la negligencia emocional.

3.2.1 Un estudio con control genético sobre el efecto de las experiencias adversas

Daníelsdóttir et al. (2024) exploraron en un estudio de cohorte con control genético el impacto de las experiencias adversas en la salud mental de hermanos gemelos. Dentro de las experiencias adversas evaluadas se incluyó a la negligencia emocional, contemplada dentro de la categoría compuesta “negligencia y abuso emocional”, mientras que los diagnósticos psiquiátricos incluidos fueron trastornos de ansiedad, depresión, abuso de sustancias y trastornos relacionados con el estrés.

La distribución de la muestra se realizó en pares de gemelos monocigóticos y dicigóticos, ambos discordantes (sólo uno estuvo expuesto a experiencias adversas), lo que permitió controlar rigurosamente las influencias genéticas y ambientales compartidas. Los resultados mostraron que, en la muestra global, particularmente la categoría negligencia o abuso emocional se asociaba con un riesgo 2,35 veces mayor de desarrollar un trastorno mental. No obstante, al comparar dentro de pares discordantes (uno había sido expuesto a estas experiencias y el otro no) el aumento del riesgo era menor: 1,70 veces de desarrollar un

trastorno mental en dicigóticos (comparten aproximadamente el 50% de sus genes) y 1,20 veces en monocigóticos (quienes comparten casi el 100% de sus genes).

Estos hallazgos indican que parte de la asociación observada en la muestra general se explica por influencias genéticas y ambientales compartidas, aunque el hecho de que incluso en gemelos monocigóticos el expuesto presentara un mayor riesgo confirma que la negligencia emocional ejerce un impacto específico e independiente sobre la salud mental. Por lo tanto, su contribución al desarrollo de trastornos mentales no puede atribuirse únicamente a predisposiciones hereditarias, sino que debe reconocerse a la negligencia emocional como un factor de riesgo ambiental con influencia propia y diferenciada.

A partir de esta evidencia y continuando con el análisis del impacto de la negligencia emocional infantil sobre la salud mental, en la siguiente subsección se abordará su repercusión en la regulación emocional.

3.3 Repercusión de la negligencia emocional en la regulación emocional

De forma paralela a las situaciones de negligencia emocional, comienza a desarrollarse la capacidad de regulación emocional, la cual, en condiciones normativas, se inicia en la infancia y continúa desarrollándose durante la adolescencia y adultez temprana, aunque con avances más rápidos en los primeros años (Perry & Gunnar, 2019). Este proceso se construye principalmente a través de la socialización que emerge de las interacciones cotidianas entre el cuidador y el niño/a, donde la sensibilidad, la contingencia y la disponibilidad emocional cumplen un rol fundamental. Los bebés son capaces de detectar regularidades, patrones y relaciones contingentes en su entorno, generando expectativas que guían la organización de su comportamiento. En este sentido, las respuestas coherentes y predecibles de los cuidadores ofrecen un marco estructurado de interacción del cual los/as niño/as derivan información regulatoria básica (Ugarte & Hastings, 2023).

Cuando la disponibilidad del cuidador es baja e inconsistente, se configura la impredecibilidad, caracterizada por respuestas no contingentes a las demandas del niño/a (Ugarte & Hastings, 2023). Esta condición puede socavar los procesos normativos de desarrollo y conllevar a una vulnerabilidad a dificultades en la autorregulación (Ugarte & Hastings, 2025). En tanto la negligencia emocional implica que la calidez y el apoyo a la autonomía se presenten de forma impredecible, dicha inconsistencia puede perturbar la coordinación momento a momento entre emociones y conductas del niño/a y del cuidador,

debilitando tanto la autorregulación incipiente como su desarrollo futuro (Ugarte & Hastings, 2025).

La regulación emocional implica estrategias para influir, controlar y gestionar las respuestas emocionales ante diferentes situaciones (Simón et al., 2024). La calidez y el apoyo a la autonomía de sus cuidadores ofrecen oportunidades para practicar la autorregulación en un contexto relacional, modelando patrones de comportamiento adulto que eventualmente pueden internalizarse como habilidades autorregulatorias, favoreciendo aspectos cognitivos, conductuales y fisiológicos de la autorregulación infantil (Ugarte & Hastings, 2025). En contraste, cuidadores negligentes no ofrecen este andamiaje emocional ni promueven el etiquetado y reconocimiento de las emociones que enriquecen el conocimiento emocional del niño/a. De este modo, los niños/as expuestos a negligencia emocional carecen de estos diálogos enriquecedores y pueden presentar dificultades para la comprensión y regulación de sus emociones (Perry & Gunnar, 2019).

Los intercambios contingentes entre cuidadores y niño/as pueden funcionar como señales informativas que permiten a los/as niño/as evaluar las probabilidades condicionales de satisfacción de sus necesidades. A su vez, dado que estos dependen de sus cuidadores para la regulación de todas sus necesidades primarias, las respuestas del cuidador son claves para entender qué va a suceder y aprender sobre su entorno. Tal como señalan Ugarte & Hastings (2023), un entorno de cuidado receptivo favorece la asociación “necesidades + necesidades satisfechas”, fortaleciendo la representación mental de seguridad y contribuyendo a la formación de una regla de regulación respecto al cuidador. A partir de esta base, podemos comprender que en contraste, un entorno caracterizado por la negligencia emocional puede generar la asociación “necesidades + necesidades no satisfechas”, promoviendo la instauración de una regla de no regulación. Esas asociaciones con la repetición se integran a la memoria configurando un esquema afectivo o modelo mental en los/as niño/as para anticipar el comportamiento de sus cuidadores (Ugarte & Hastings, 2023). Cabe destacar que cuando las señales son fiables, los/as niño/as interpretan con mayor facilidad la respuesta esperada, adquiriendo mayor poder de adaptación al entorno y fomentando la autorregulación. Sin embargo, las variaciones de la contingencia del cuidador reducen la fiabilidad de las señales y se tornan más impredecibles sus respuestas.

La negligencia emocional, al implicar la insatisfacción de necesidades afectivas, conlleva un rechazo implícito que propicia una reactividad negativa, es decir, una tendencia aumentada a responder emocionalmente de forma intensa y desproporcionada ante estímulos

percibidos como amenazantes. Esto se explica porque quienes vivieron negligencia emocional carecieron de respuestas afectivas adecuadas en momentos de malestar, lo que limitó el aprendizaje sobre cómo modelar sus emociones (Perry & Gunnar, 2019).

Desde la primera infancia, los/as niño/as cuentan con la capacidad de detectar regularidades en el entorno y estimar probabilidades condicionales del tipo “si-entonces”, generando expectativas sobre su entorno inmediato, incluso en contextos impredecibles. Por lo que, las regularidades vividas en un entorno caracterizado por negligencia emocional posibilitan detectar patrones y consolidar expectativas desadaptativas sobre el cuidado y de las interacciones con sus cuidadores (Ugarte & Hastings, 2023).

La autorregulación ayuda a los/as niño/as a gestionar la excitación emocional y a organizar su comportamiento en respuesta a demandas internas y externas. Un componente cognitivo fundamental es el control inhibitorio, definido como la capacidad de inhibir una respuesta dominante en favor de otra más adaptativa (Ugarte & Hastings, 2025). Este se desarrolla significativamente en la primera infancia, mediante la maduración neurológica como por las oportunidades ambientales para practicar conductas reguladoras. Los/as niño/as con un buen control inhibitorio gestionan eficazmente sus respuestas impulsivas y responden de forma adaptativa a estímulos novedosos; en cambio, un control inhibitorio deficiente se ha asociado con contextos desatentos y pobres interacciones sociales con el cuidador (Ugarte & Hastings, 2025). En este sentido, conductas positivas de cuidado, como la calidez, la receptividad, la consistencia, y el apoyo a la autonomía se han asociado con un mayor control inhibitorio, mientras que conductas intrusivas y controladoras predicen un menor desempeño en dicho control (Ugarte & Hastings, 2025).

Evidencia reciente indica que el comportamiento impredecible de los cuidadores puede afectar negativamente la autorregulación infantil e incrementar el riesgo de trastornos internalizantes (Ugarte & Hastings, 2025). Este efecto se explica por el incremento de la reactividad ante estímulos amenazantes (preparación para la amenaza), lo que favorece la desregulación emocional frente al estrés o al miedo, y la aparición de síntomas de ansiedad (Fonzo et al., 2016). En consecuencia, Simón et al. (2024) señalan que este déficit en la regulación emocional es un factor transdiagnóstico de riesgo para múltiples psicopatologías.

En suma, la exposición temprana a experiencias emocionales estresantes como la negligencia emocional interfiere directamente en el desarrollo socioemocional del niño/a, afectando la construcción del autoconcepto, la regulación emocional y los mecanismos de afrontamiento ante el estrés (Teicher & Samson, 2016; Simón et al., 2024).

Tras este recorrido, en el que se expusieron diversos aspectos del impacto de la negligencia emocional, en la siguiente sección avanzaremos para abordar sus correlatos neurobiológicos y sus efectos sobre el cerebro.

4. Correlatos neurobiológicos de la negligencia emocional

La exposición a la negligencia emocional durante la infancia temprana puede producir alteraciones significativas en el desarrollo cerebral. Este período constituye una etapa crítica caracterizada por una rápida maduración neurobiológica, por lo que las experiencias de desatención afectiva pueden generar efectos duraderos en el cerebro, tanto estructurales como funcionales (Perry & Gunnar, 2019).

En base a lo señalado por Juruena et al. (2020), quienes afirman que nuestras experiencias cambian nuestro cerebro y nuestros pensamientos (nuestra mente), y con ello cambia nuestra neurobiología, se entiende que en situaciones de negligencia emocional la falta de respuesta afectiva genera un estrés tóxico sostenido, el cual influye en la arquitectura estructural y funcional del cerebro, aumentando el riesgo de psicopatologías en etapas posteriores de la vida (De-Bofarull et al., 2019).

Es necesario considerar que en los primeros dos años, el cerebro experimenta una proliferación excesiva de axones, dendritas y sinapsis, seguida de una poda selectiva que elimina conexiones no utilizadas y refuerza las activas. En contextos de negligencia, este mecanismo de “úsalo o piérdelo” (Perry, N., 2002, citado en Avdibegović & Brkić, 2020) se ve afectado, favoreciendo circuitos relacionados con respuestas de estrés y supervivencia en detrimento de áreas límbicas y corticales responsables de la regulación emocional, empatía y habilidades cognitivas.

En suma, estas bases permiten conectar la evidencia que se presentará a continuación, sobre los cambios estructurales y funcionales por negligencia emocional, particularmente en regiones claves involucradas en la regulación emocional y el procesamiento del estrés, tales como la amígdala, el hipocampo, la corteza prefrontal, entre otras. A su vez, se sintetiza evidencia sobre sistemas más profundos como el sistema de recompensa, la flexibilidad funcional y el eje hipotálamo-hipófisis-adrenal (HPA).

4.1 Hallazgos sobre alteraciones estructurales por negligencia emocional

Algunos autores plantean que en las personas que han experimentado negligencia emocional en su infancia existen cambios estructurales en ciertas regiones límbicas e incluso en la sustancia blanca. A continuación para una presentación más clara y organizada se desarrollan los hallazgos por regiones.

4.1.1 Amígdala e hipocampo

Teicher & Samson (2016) en su revisión, afirman que existe un aumento del volumen de la amígdala particularmente en sujetos que estuvieron expuestos de forma temprana a negligencia emocional o física.

En estrecha relación con lo anterior, un estudio realizado por Teicher et al. (2018), utilizando resonancia magnética estructural, identificó que los varones con antecedentes de negligencia emocional infantil presentaban una reducción significativa en el volumen del hipocampo, particularmente en las subregiones Cornu Ammonis 1 (CA1) y giro dentado (dentate gyrus). En contraste, dichas alteraciones no se observaron en mujeres expuestas a la misma adversidad.

Estas alteraciones estructurales proporcionan un marco anatómico para explicar la mayor reactividad emocional y las dificultades reguladoras que se observan en poblaciones expuestas a privación afectiva (Perry & Gunnar, 2019).

4.1.2 Sustancia blanca

Según la revisión de Juruena et al., (2020) las personas con antecedentes de negligencia emocional presentan una reducción de la sustancia blanca del hipocampo izquierdo en comparación con aquellos sin antecedentes de negligencia emocional. Lo antes mencionado sugiere que la negligencia emocional altera las estructuras hipocampales durante el desarrollo cerebral, lo que conduce a una mayor vulnerabilidad a enfermedades psiquiátricas relacionadas con el estrés en etapas posteriores de la vida.

En un estudio metodológicamente riguroso, Jin et al. (2025) seleccionaron jóvenes adultos con exposición exclusiva a negligencia emocional (según criterios clínicos estandarizados),

excluyendo otras formas de maltrato infantil. Mediante resonancia magnética por difusión (DTI) y análisis automatizado de tractos de fibras (AFQ), detectaron reducciones significativas en los valores de anisotropía fraccional (FA) en los nodos 1-35 de la radiación talámica derecha en el grupo que había sufrido negligencia emocional, en comparación con el grupo control. Estos hallazgos indican una menor integridad microestructural de la sustancia blanca, que puede reflejar desorganización axonal, mielinización deficiente, alteraciones en la conectividad neural y deterioro de los circuitos emocionales.

La radiación talámica conecta el tálamo con la corteza prefrontal a través de la cápsula interna anterior, formando vías clave para la transmisión sensorial y la regulación emocional. La menor anisotropía fraccional observada (en individuos con antecedentes de negligencia emocional) sugiere una interferencia en la maduración e integración de estas conexiones, reduciendo la eficacia de transmisión sináptica en dichos circuitos. Esto podría estar vinculado a la baja estimulación afectiva en etapas críticas del desarrollo (Jin et al., 2025).

El estudio mencionado anteriormente es el primero en explorar la contribución única de la negligencia emocional a la microestructura de la sustancia blanca cerebral, lo cual refuerza de forma sólida la idea de que la experiencia ambiental moldea el cerebro. La alteración observada en la radiación talámica derecha no es atribuible a otras formas de maltrato, ya que la negligencia emocional se estudió de forma aislada, por lo que sus efectos son específicos y diferenciados. Estos hallazgos sugieren una posible influencia sobre la funcionalidad emocional, al afectar vías relevantes para la regulación afectiva.

A fin de continuar con el análisis, se enuncian a continuación hallazgos de alteraciones funcionales que permitirán completar la comprensión de las regiones o redes cerebrales implicadas y circuitos afectados por negligencia emocional.

4.2 Hallazgos sobre alteraciones funcionales por negligencia emocional

La evidencia funcional también demuestra cómo la negligencia emocional tiene un impacto en el funcionamiento cerebral. Las investigaciones revisadas permiten delinejar un perfil neurofuncional caracterizado por la reorganización de redes afectivas, hiperreactividad ante señales emocionales, disfunciones en el circuito de recompensa y una menor flexibilidad cerebral.

A continuación, para facilitar la comprensión, los hallazgos funcionales se organizan según el tipo de estudio. Primero, se presentan alteraciones funcionales encontradas en estudios de conectividad, que examinan la comunicación entre regiones, y en segundo lugar estudios con tareas experimentales, que analizan la activación cerebral durante la ejecución de tareas específicas.

4.2.1 Estudios de conectividad neural

Algunos estudios han intentado relacionar la negligencia emocional con la dinámica de redes neurales.

En particular, el estudio de Jin et al (2023) investigó patrones de conectividad cerebral mediante resonancia magnética funcional, identificando dos patrones principales: uno caracterizado por conexiones débiles entre regiones (estado 1), y otro por conexiones fuertes y extensas (estado 2). De importancia, quienes habían experimentado negligencia emocional presentaron un tiempo de permanencia significativamente mayor en el estado 1 y una reducción en el número de transiciones entre ambos estados, lo que sugiere una disminución de la flexibilidad funcional, es decir, una metaestabilidad reducida en las redes cerebrales. Esta menor capacidad de alternancia entre configuraciones funcionales indicaría una mayor rigidez cognitiva, lo que se traduce en menor flexibilidad en quienes han vivido negligencia emocional.

Siguiendo en la línea de conectividad, pero específicamente sobre las regiones límbicas, Perry & Gunnar (2019) señalan en su revisión que la ausencia de un cuidador sensible que amortigüe la reactividad de la amígdala durante la primera infancia puede estar asociado a niveles más elevados de estrés y que este incremento puede facilitar una conexión precoz entre la amígdala y la corteza prefrontal medial, como un intento adaptativo de regular los contextos estresantes de una forma más autónoma. Para explorar esta dinámica, Gee et al. (2013) estudiaron la conectividad entre la amígdala y la corteza prefrontal medial en una muestra de niños/as con antecedentes de institucionalización y un grupo control. Los resultados indicaron que la exposición temprana a la privación materna aceleraba el desarrollo del acoplamiento funcional entre ambas regiones, presentando un patrón de conectividad más maduro (caracterizado por un acoplamiento negativo) y mediado por niveles elevados de cortisol. Este hallazgo sugiere que, en ausencia de una figura cuidadora que regule el estrés, la activación crónica del eje hipotalámico-hipofisario-adrenal podría inducir una maduración precoz del circuito amígdala-prefrontal como mecanismo

compensatorio. Es importante aclarar que, aunque el presente TFG tiene especial interés en la negligencia emocional infantil en el seno de las familias, no en niños/as institucionalizados, los resultados de Gee et al. (2013) son relevantes para comprender el funcionamiento y la maduración de los circuitos cerebrales en contextos de estrés temprano por carencia afectiva.

4.2.2 Estudios con tareas experimentales

En esta sección se revisarán estudios que utilizan tareas experimentales de neuroimagen para explorar cómo la negligencia emocional afecta la activación de circuitos cerebrales específicos. Estas tareas, por ejemplo, el procesamiento de expresiones emocionales y la evaluación de recompensas, permiten observar la activación cerebral mientras los participantes realizan ciertas acciones controladas. Para facilitar la lectura se presentarán en dos subsecciones de acuerdo al dominio que se trate.

4.2.2.1 Procesamiento emocional

El estudio de Maheu et al. (2010) partió de la hipótesis de que la negligencia emocional altera el desarrollo de los sistemas neurales que modulan los procesos emocionales. Para evaluar esta relación, los autores utilizaron resonancia magnética funcional (fMRI) para medir las respuestas del lóbulo temporal medial frente a rostros con expresiones emocionales (miedo, enojo, felicidad y neutralidad). La observación de los rostros emocionales era bajo cuatro condiciones atencionales, diseñadas para modular el foco cognitivo: “¿Cuánto miedo le tienes a la cara?”, “¿Qué tan hostil es la cara?”, “¿Qué tan ancha es la nariz de la cara?” y una condición de visualización pasiva. Esta manipulación de la atención durante la tarea permitió evaluar cómo el foco atencional dirigido a los sentimientos de miedo influyen en la activación del lóbulo temporal medial.

Los participantes con antecedentes de negligencia emocional habían experimentado además privación del cuidador, por lo que todos habían vivido los primeros años de vida (entre el primer mes y los seis años) en hogares de acogida u orfanatos de diversos países, y posteriormente fueron adoptados por familias estadounidenses. Cabe aclarar que esta muestra incluye experiencia de acogida y adopción, las cuales son experiencias adicionales que pueden influir en los resultados, de modo que los hallazgos no son atribuibles exclusivamente a la negligencia emocional. No obstante, su inclusión resulta relevante para

comprender el impacto específico de la negligencia emocional y privación del cuidador sobre el procesamiento emocional y, particularmente, sobre la sensibilidad frente a la amenaza.

Los resultados mostraron que, en comparación con el grupo control, los jóvenes con antecedentes de negligencia emocional y privación del cuidador reaccionaron más rápido ante rostros enojados que los del grupo de control, lo que sugiere una mayor sensibilidad a las expresiones faciales amenazantes. A nivel neural, observaron una activación significativamente mayor en la amígdala izquierda y el hipocampo anterior izquierdo durante el procesamiento de rostros amenazantes (enojo y miedo). Esta hiperactividad límbica refleja una mayor reactividad del lóbulo temporal medial ante señales de amenaza, lo que podría constituir una base neural de la hipersensibilidad emocional asociada a la negligencia emocional y privación temprana (Maheu et al., 2010).

Los autores enfatizan que, aunque todos los participantes con antecedentes de negligencia emocional fueron adoptados en contextos familiares favorables (durante un promedio de 8 años), este entorno posterior no anuló los efectos de las experiencias de privación del cuidado y negligencia emocional. Por lo tanto, sugieren que las alteraciones halladas tienen un efecto duradero sobre el cerebro en desarrollo, por lo cual, podrían no ser totalmente reversibles.

Por otro lado, Guadagno et al. (2021) en su revisión de evidencia empírica hacen referencia al estudio de Maheu (2010), señalando lo que se detalló anteriormente respecto a que los jóvenes con antecedentes de negligencia emocional presentan mayor activación de la amígdala, particularmente en el hemisferio izquierdo, al procesar rostros con expresiones emocionales negativas.

4.2.2.2 Procesamiento de la recompensa

Por medio de la utilización de fMRI se ha permitido observar la actividad cerebral durante tareas de recompensas en individuos que han vivido negligencia emocional en su infancia. En esta línea, la evidencia indicaría que la negligencia emocional interfiere en el desarrollo funcional del circuito mesocorticolímbico, un eje central en el procesamiento de la recompensa, afectando así la manera en que el cerebro responde a estímulos gratificantes (Cassiers et al., 2018; Hanson et al., 2021).

Particularmente en el estudio de Hanson et al., (2015) emplearon una tarea con retroalimentación positiva, negativa o neutra tras cada respuesta. Esta tarea permitió examinar la activación del estriado ventral, una región clave del circuito mesocorticolímbico implicada en el procesamiento de recompensas. El estudio fue longitudinal, evaluando a los mismos participantes en dos momentos distintos, separados por dos años, lo que permitió analizar los cambios en la reactividad del estriado ventral a lo largo del desarrollo. Los resultados mostraron que mayores niveles de negligencia emocional se asociaban con una disminución de la reactividad del estriado ventral ante recompensas positivas, y que esta reducción en la activación mediaba parcialmente la relación entre la negligencia emocional y la aparición de sintomatología depresiva.

De acuerdo a lo anterior, la revisión de Hanson et al. (2021) indica que las personas con antecedentes de negligencia emocional presentan una disminución en la activación de regiones clave del circuito mesocorticolímbico, particularmente en el estriado ventral. Este patrón de hipoactivación del estriado ventral se ha asociado con la aparición de sintomatología depresiva, lo que sugiere que la exposición a negligencia emocional puede afectar el desarrollo típico de las respuestas neuronales ante estímulos gratificantes y aumentar el riesgo de depresión.

De manera complementaria, la revisión de Cassiers et al. (2018) también hace referencia al estudio de Hanson et al., (2015) destacando que la negligencia emocional se asocia con una actividad estriatal ventral reducida durante el procesamiento de la recompensa. Este patrón sugiere que la privación afectiva temprana puede comprometer la activación del circuito mesocorticolímbico a estímulos positivos, debilitando la capacidad para experimentar placer y motivación.

En conjunto, estos hallazgos refuerzan la hipótesis de que las experiencias tempranas de privación afectiva pueden en algunos casos no generar cambios anatómicos detectables, pero sí inducir modificaciones funcionales en redes cerebrales específicas implicadas en la regulación emocional y el procesamiento de la recompensa. Estas alteraciones podrían favorecer una mayor hipervigilancia emocional y una vulnerabilidad incrementada a trastornos de ansiedad y depresión.

4.3 Disfunción del eje hipotálamo-hipófisis-adrenal (HPA)

La respuesta al estrés se basa en la activación del eje hipotálamo-hipófisis-adrenal (HPA), cuyo núcleo funcional es la liberación de la hormona liberadora de corticotropina (CRH) y de arginina vasopresina (AVP) por el núcleo paraventricular del hipotálamo. Estas hormonas estimulan a la hipófisis anterior para que produzca adrenocorticotropina (ACTH), la cual viaja a las glándulas suprarrenales e induce la síntesis y liberación de cortisol (Heim & Nemeroff, 1999; Heim & Nemeroff, 2001).

Aunque el cortisol es fundamental para optimizar la función cerebral y corporal durante el estrés, su activación crónica o regulación inadecuada puede tener efectos perjudiciales sobre la salud física y emocional (Perry & Gunnar, 2019). Esta regulación del cortisol no ocurre de manera aislada, sino que está modulada por redes cerebrales. De modo que, en situaciones estresantes, se activa la amígdala y se inhibe la corteza prefrontal subgenual estimulando al eje hipotálamo-simpático-adrenomedular que produce una respuesta inmediata mediante la liberación de epinefrina. Posteriormente se activa el eje HPA, que culmina con la secreción de cortisol (Juruena et al., 2020).

Resulta relevante mencionar que Heim & Nemeroff (1999; 2001) proporcionan un aporte interesante: el eje HPA se regula socialmente, particularmente durante el primer año de vida. Por ello, el sistema hipotalámico-pituitario-adrenal (HPA) requiere atención receptiva temprana para funcionar adecuadamente, ya que la calidad del vínculo entre el niño/a y el cuidador influye en la respuesta fisiológica al estrés (Perry & Gunnar, 2019).

Durante el desarrollo, los niños/as adquieren habilidades de autorregulación emocional y cognitiva que permiten modular la activación del eje HPA. La negligencia emocional temprana (entendida como la privación de una respuesta sensible y reguladora por parte del cuidador), disminuye la sensación de seguridad y confianza, dificultando la adquisición de estrategias adaptativas para enfrentar el estrés. Esta carencia del “amortiguador” emocional conlleva una hiperreactividad del eje HPA, manifestada por concentraciones elevadas de cortisol ante nuevos estresores, incluso leves, mientras que la presencia de cuidadores sensibles y consistentes modula esta reactividad, evitando tales elevaciones (Gunnar & Quevedo, 2007; Gunnar et al. 2006; Perry & Gunnar, 2019). Esta condición normativa permite que el niño/a exprese emociones como miedo o angustia en un ambiente de contención y con respuestas empáticas del adulto, reduciendo la activación del sistema HPA.

De esta manera, una crianza receptiva permite la expresión libre de emociones negativas sin activar excesivamente el eje HPA, mientras que un entorno indiferente o castigador puede fomentar una reactividad sostenida, perjudicial para el desarrollo (Gunnar & Quevedo, 2007). En este sentido, la exposición prolongada a negligencia emocional se asocia a respuestas neurobiológicas intensificadas ante estímulos amenazantes, como mecanismo adaptativo frente a entornos impredecibles o inseguros (Perry & Gunnar, 2019), explicando en parte el incremento de vulnerabilidad a psicopatologías vinculadas al estrés (Lähdepuro, 2019; White et al., 2012).

Como se ha podido visualizar, el estrés en etapas críticas del desarrollo induce cambios neurobiológicos duraderos, incluyendo hiperactividad del eje HPA, elevación de CRH y cortisol (Syed & Nemeroff, 2017). En particular, la revisión de Perry & Gunnar (2019) afirma que los niños/as acompañados/as por cuidadores sensibles no presentan elevaciones de cortisol ante situaciones estresantes, mientras que aquellos con cuidadores insensibles sí muestran esta respuesta fisiológica. Esta hipercortisoolemia sostenida se ha relacionado con daño estructural en el hipocampo, especialmente con reducción de sustancia blanca, lo que contribuye a una mayor susceptibilidad a trastornos afectivos y de ansiedad (Juruena, et al. 2020).

Frente a estos efectos perjudiciales, intervenciones tempranas como de acogimiento familiar han demostrado capacidad para normalizar los patrones de secreción del cortisol, mostrando la plasticidad del eje HPA y el valor de entornos de cuidado reparadores (Perry & Gunnar, 2019). Por tanto, las intervenciones oportunas pueden generar una diferencia relevante.

Si bien gran parte de la evidencia sobre el eje HPA incluye a la negligencia emocional dentro de adversidades tempranas más amplias y a partir de esto las revisiones hacen asociaciones, algunos de los efectos descritos en esta sección no son exclusivos de la negligencia emocional, salvo que se haya especificado. Dado que pueden presentarse en respuesta al estrés debido a cualquier adversidad infantil, esta alteración en el eje es compartida por diversas experiencias desfavorables que estimulan esta respuesta biológica. A pesar de ello, la mención de este eje resulta relevante para comprender cómo estas experiencias tempranas pueden dejar huellas persistentes en la biología del individuo, aumentando la sensibilidad ante futuros estresores (Heim & Nemeroff, 1999).

5. Consideraciones finales

A modo de cierre, en esta última sección se expondrán las limitaciones del presente trabajo, así como posibles líneas de investigación futuras sobre la negligencia emocional, fenómeno tan complejo como relevante en el campo de la Psicología. Finalmente, se presentan las conclusiones derivadas de lo desarrollado a lo largo de este Trabajo Final de Grado.

5.1 Limitaciones y perspectivas futuras

Una de las principales limitaciones al realizar esta revisión radica en la escasez de investigaciones que aborden de manera específica la negligencia emocional, frente a la gran cantidad de investigaciones previas sobre el maltrato infantil y los estresores tempranos en general. Se trata de un tema menos explorado que otros dentro de la Psicología, lo que evidencia la necesidad de profundizar en su estudio y refuerza el carácter innovador de este trabajo.

A la limitación anterior se suma la dificultad para encontrar estudios centrados en la negligencia emocional ocurrida en el núcleo intrafamiliar. La mayoría de las investigaciones disponibles analizan esta problemática en contextos de institucionalización (como orfanatos u hogares de protección), por lo que sus resultados suelen estar influidos por otras experiencias adversas adicionales, como por ejemplo, el abandono, la pobreza, el fallecimiento de los progenitores, entre otras. En otros casos, incluso estudian la negligencia en general, sin distinguir entre sus tipos, lo que dificulta un análisis exclusivo de la negligencia emocional y su focalización en la dimensión emocional dentro del núcleo familiar, lo que constituye el eje central de este Trabajo Final de Grado.

Estas limitaciones se vinculan a las dificultades de medición, identificación y evaluación de la negligencia emocional. Aún en la actualidad persiste la falta de consenso en su definición, así como la ausencia de criterios diagnósticos estandarizados y herramientas específicas para su detección, factores que repercuten en la escasa producción científica sobre este constructo en particular.

A pesar de dichas limitaciones, se considera que se ha logrado, en primer lugar, un acercamiento a la comprensión del concepto de negligencia emocional, así como una introducción a sus efectos en el cerebro y correlatos neurobiológicos. En segundo lugar,

este trabajo ha permitido destacar la relevancia de este fenómeno en la sociedad y su importancia para la salud mental, así como la prevención y sensibilización, dado que la negligencia emocional suele pasar desapercibida y afectar de manera profunda el desarrollo infantil.

Considerando la alta prevalencia de la negligencia emocional y sus repercusiones en la salud mental, resulta preocupante la escasa atención que se le ha brindado hasta el momento tanto en la investigación como en la sociedad y en las políticas públicas. Comprender las asociaciones desarrolladas en este trabajo puede contribuir a visibilizar la relevancia de implementar intervenciones tempranas que normalicen de forma eficaz una trayectoria del desarrollo interrumpida en la primera infancia por negligencia emocional, antes de que las dificultades emocionales se cronifiquen. Cabe destacar que atender oportunamente este fenómeno es fundamental, ya que el abordaje precoz podría convertirse en una estrategia eficaz de prevención de diversos malestares psicológicos e incluso psicopatologías.

Por último, se propone que futuras investigaciones se centren de manera exclusiva en la negligencia emocional, con el fin de identificar sus efectos propios y diferenciados de otras experiencias adversas. Las limitaciones aquí señaladas deben comprenderse, por tanto, como una base para el desarrollo de nuevos estudios que profundicen en este campo de estudio.

5.2 Conclusiones

Como se ha expuesto a lo largo de este trabajo, la negligencia emocional infantil refiere a la insatisfacción de necesidades emocionales y afectivas en los primeros años del desarrollo. Esta experiencia, aunque es difícil de identificar por su carácter poco visible, tiene el potencial de dejar marcas profundas y duraderas, con efectos que se extienden hasta la adultez, tanto a nivel psicológico como neurobiológico.

Debido al criterio seguido para la selección bibliográfica, este trabajo no es una revisión exhaustiva de la temática, sino una aproximación inicial al concepto de negligencia emocional y al análisis de sus posibles repercusiones en la salud mental. El hecho de centrar el análisis en la negligencia emocional representa un enfoque innovador dentro del estudio de las experiencias adversas tempranas, dado que tradicionalmente la investigación se ha enfocado más en otras formas de maltrato.

La evidencia científica revisada sugiere que la negligencia emocional se asocia con un aumento significativo en el riesgo de desarrollar diversas psicopatologías en la adultez, como depresión, ansiedad, trastornos de personalidad, entre otras. Asimismo, distintos estudios proponen la existencia de correlatos neurobiológicos, con alteraciones estructurales y funcionales en regiones implicadas en procesos emocionales y de recompensa.

Aunque históricamente la investigación académica se ha centrado en formas de maltrato más visibles, los hallazgos reunidos en este trabajo refuerzan la necesidad de otorgar mayor atención a la negligencia emocional, dado su fuerte impacto en la salud mental y en el desarrollo integral. Visibilizar esta problemática y avanzar en estrategias de prevención e intervención temprana resulta esencial para mitigar sus consecuencias a largo plazo y favorecer una comprensión más integral del fenómeno.

Referencias

- American Psychiatric Association. (2014). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM - V).
- <https://www.federaciocatalanatdah.org/wp-content/uploads/2018/12/dsm5-manualdiagnsticoyestadisticodelos-trastornos-mentales-161006005112.pdf>
- Amores-Villalba, A., y Mateos-Mateos, R. (2017). Revisión de la neuropsicología del maltrato infantil: la neurobiología y el perfil neuropsicológico de las víctimas de abusos en la infancia. *Psicología Educativa*, 23, 81-88.
- <http://dx.doi.org/10.1016/j.pse.2017.05.006>
- Arruabarrena, M. y De Paúl, J. (1994). *Maltrato a los niños en la familia. Evaluación y tratamiento*. Madrid: Pirámide.
- Avdibegović, E., y Brkić, M. (2020). Child Neglect - Causes and Consequences. *Psychiatria Danubina*, 32(Suppl 3), 337-342.
- Azaola, E. (2007). *Violencia intrafamiliar y maltrato infantil*. Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal.
- Baker, A. J. L., y Festinger, T. (2011). Emotional abuse and emotional neglect subscales of the CTQ: Associations with each other, other measures of psychological maltreatment, and demographic variables. *Children and Youth Services Review*, 33(11), 2297–2302.
- <https://doi.org/10.1016/j.chillyouth.2011.07.018>
- Bedoya-Gallego, D., Mesa, M., Pérez, J., y Palacio, J. (2024). Desarrollos investigativos sobre negligencia infantil. Estado del arte e implicaciones prácticas. *Interdisciplinaria: Revista de psicología y ciencias afines*, (41)1, 11-12.
- <https://doi.org/10.16888/interd.2024.41.1.11>
- Carvalho, R., Oliva, F., Barlati, S., Perusi, G., Meattini, M., Dashi, E., Colombi, N., Vaona, A., Carletto, S., y Minelli, A. (2024). Childhood neglect, the neglected trauma. A systematic review and meta-analysis of its prevalence in psychiatric disorders.

Psychiatry research, 335, 115881.
<https://doi.org/10.1016/j.psychres.2024.115881>

Cassiers, L., Sabbe, B., Schmaal, L., Veltman, D., Penninx, B., y Van Den Eede, F. (2018). Structural and Functional Brain Abnormalities Associated With Exposure to Different Childhood Trauma Subtypes: A Systematic Review of Neuroimaging Findings. *Frontiers in psychiatry*, 9, 329.
<https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.00329>

Chocyk, A., Majcher-Małanka, I., Dudys, D., Przyborowska, A., y Wędzony, K. (2013). Impact of early-life stress on the medial prefrontal cortex functions - a search for the pathomechanisms of anxiety and mood disorders. *Pharmacological reports: PR*, 65(6), 1462–1470.
[https://doi.org/10.1016/s1734-1140\(13\)71506-8](https://doi.org/10.1016/s1734-1140(13)71506-8)

Dalechek, D. E., Caes, L., McIntosh, G., y Whittaker, A. C. (2024). Anxiety, history of childhood adversity, and experiencing chronic pain in adulthood: A systematic literature review and meta-analysis. *European journal of pain*, 28(6), 867–885.
<https://doi.org/10.1002/ejp.2232>

Daníelsdóttir, H. B., Aspelund, T., Shen, Q., Halldorsdottir, T., Jakobsdóttir, J., Song, H., Lu, D., Kuja-Halkola, R., Larsson, H., Fall, K., Magnusson, P., Fang, F., Bergstedt, J., y Valdimarsdóttir, U. A. (2024). Adverse childhood experiences and adult mental health outcomes. *JAMA Psychiatry*, 81(6), 586-594.
<https://doi.org/10.1001/jamapsychiatry.2024.0039>

De-Bofarull, I., Carballo-Marquez, A., y Buxarrais, M. R. (2019). Early childhood neglect, toxic stress, and neurodevelopment. *Educationis Momentum*, 4(1), 79–104.
<https://doi.org/10.36901/em.v4i1.185>

DeJong, M., Wilkinson, S., Apostu, C., y Glaser, D. (2022). Emotional abuse and neglect in a clinical setting: challenges for mental health professionals. *BJPsych bulletin*, 46(5), 288-293.
<https://doi.org/10.1192/bjb.2021.90>

Fonzo, G., Ramsawh, H., Flagan, T., Simmons, A., Sullivan, S., Allard, C., Paulus, M., y Stein, M. (2016). Early life stress and the anxious brain: evidence for a neural

mechanism linking childhood emotional maltreatment to anxiety in adulthood.
Psychological medicine, 46(5), 1037-1054.
<https://doi.org/10.1017/S0033291715002603>

Fung, H., Chung, H., y Ross, C. (2020). Demographic and mental health correlates of childhood emotional abuse and neglect in a Hong Kong sample. *Child abuse & neglect*, 99, 104288.
<https://doi.org/10.1016/j.chabu.2019.104288>

Gee, D., Gabard-Durnam, L., Telzer, E., Humphreys, K., Goff, B., Shapiro, M., Flannery, J., Lumian, D., Fareri, D., Caldera, C., y Tottenham, N. (2014). Maternal buffering of human amygdala-prefrontal circuitry during childhood but not during adolescence. *Psychological science*, 25(11), 2067-2078.

<https://doi.org/10.1177/0956797614550878>

Gee, D., Humphreys, K., Flannery, J., Goff, B., Telzer, E., Shapiro, M., Hare, T., Bookheimer, S., y Tottenham, N. (2013). A developmental shift from positive to negative connectivity in human amygdala-prefrontal circuitry. *The Journal of neuroscience : the official journal of the Society for Neuroscience*, 33(10), 4584-4593.
<https://doi.org/10.1523/JNEUROSCI.3446-12.2013>

Gee, D., Gabard-Durnam, L., Flannery, J., Goff, B., Humphreys, K., Telzer, E., Hare, T., Bookheimer, S., y Tottenham, N. (2013). Early developmental emergence of human amygdala-prefrontal connectivity after maternal deprivation. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 110(39), 15638-15643.
<https://doi.org/10.1073/pnas.1307893110>

Glaser D. (2002). Emotional abuse and neglect (psychological maltreatment): a conceptual framework. *Child abuse & neglect*, 26(6-7), 697–714.
[https://doi.org/10.1016/s0145-2134\(02\)00342-3](https://doi.org/10.1016/s0145-2134(02)00342-3)

Guadagno, A., Belliveau, C., Mechawar, N., y Walker, C. (2021). Effects of Early Life Stress on the Developing Basolateral Amygdala-Prefrontal Cortex Circuit: The Emerging Role of Local Inhibition and Perineuronal Nets. *Frontiers in human neuroscience*, 15, 669120.
<https://doi.org/10.3389/fnhum.2021.669120>

Gunnar, M., y Fisher, P. (2006). Bringing basic research on early experience and stress neurobiology to bear on preventive interventions for neglected and maltreated children. *Development and Psychopathology*, 18(3), 651–677.
<https://doi.org/10.1017/S0954579406060330>

Gunnar, M., y Quevedo, K. (2007). The neurobiology of stress and development. *Annual review of psychology*, 58, 145-173.
<https://doi.org/10.1146/annurev.psych.58.110405.085605>

Hanson, J., Hariri, A., y Williamson, D. (2015). Blunted Ventral Striatum Development in Adolescence Reflects Emotional Neglect and Predicts Depressive Symptoms. *Biological psychiatry*, 78(9), 598–605.
<https://doi.org/10.1016/j.biopsych.2015.05.010>

Hanson, J., Williams, A., Bangasser, D., y Peña, C. (2021). Impact of Early Life Stress on Reward Circuit Function and Regulation. *Frontiers in psychiatry*, 12, 744690.
<https://doi.org/10.3389/fpsyg.2021.744690>

Haworth, S., Schaub, J., Kidney, E., y Montgomery, P. (2022). A systematic review of measures of child neglect. *Research on Social Work Practice*, 34(1), 17-40.
<http://dx.doi.org/10.1177/10497315221138066>

Heim, C. y Nemeroff, C. B. (2001). The role of childhood trauma in the neurobiology of mood and anxiety disorders: Preclinical and clinical studies. *Biological Psychiatry*, 49(12), 1023-1039.
[https://doi.org/10.1016/s0006-3223\(01\)01157-x](https://doi.org/10.1016/s0006-3223(01)01157-x)

Heim, C. y Nemeroff, C. B. (1999). The impact of early adverse experiences on brain systems involved in the pathophysiology of anxiety and affective disorders. *Biological Psychiatry*, 46(11), 1509–1522.
[https://doi.org/10.1016/S0006-3223\(99\)00224-3](https://doi.org/10.1016/S0006-3223(99)00224-3)

Iwaniec, D. (2003). Identifying and Dealing with Emotional Abuse and Neglect. *Child Care in Practice*, 9(1), 49-61.
<https://doi.org/10.1080/13575270302175>

Jin, X., Xu, B., Jin, H., y Yan, S. (2025). Brain White Matter Alterations in Young Adults with Childhood Emotional Neglect Experience. *Behavioral sciences (Basel, Switzerland)*, 15(6), 746.

<https://doi.org/10.3390/bs15060746>

Jin, X., Xu, B., Xu, R., Yin, X., Yan, S., Zhang, Y., y Jin, H. (2023). The influence of childhood emotional neglect experience on brain dynamic functional connectivity in young adults. *European journal of psychotraumatology*, 14(2), 2258723.

<https://doi.org/10.1080/20008066.2023.2258723>

Jin, M., Jung, W., Hyun, M., y Lee, S. (2018). Effect of behavioral inhibition system and childhood emotional neglect on serotonergic activity, negative affect, and rejection sensitivity in non-clinical adults. *PLoS one*, 13(11), e0207746.

<https://doi.org/10.1371/journal.pone.0207746>

Juruena, M. F., Eror, F., Cleare, A. J., y Young, A. H. (2020). The role of Early Life Stress in HPA Axis and Anxiety. En Kim, Y.-K. (Ed.), *Anxiety Disorders: Rethinking and Understanding Recent Discoveries* (Advances in Experimental Medicine and Biology, Vol. 1191, pp. 141-153). Springer.

https://doi.org/10.1007/978-981-32-9705-0_10

Kuzminskaitė, E., Vinkers, C., Milaneschi, Y., Giltay, E., y Penninx, B. (2022). Childhood trauma and its impact on depressive and anxiety symptomatology in adulthood: A 6-year longitudinal study. *Journal of affective disorders*, 312, 322-330.

<https://doi.org/10.1016/j.jad.2022.06.057>

Kumari, R. (2020). Emotional abuse and neglect: time to focus on prevention and mental health consequences. *The British Journal of Psychiatry* (2020) 217, 597-599.

<https://doi.org/10.1192/bjp.2020.154>

Lähdepuro, A., Savolainen, K., Lahti-Pulkkinen, M., Eriksson, J. G., Lahti, J., Tuovinen, S., Kajantie, E., Pesonen, A.-K., Heinonen, K., y Räikkönen, K. (2019). The impact of early life stress on anxiety symptoms in late adulthood. *Scientific Reports*, 9, 4395, 1-13.

<https://doi.org/10.1038/s41598-019-40698-0>

Leeb, R., Paulozzi, L., Melanson, C., Simon, T., y Arias, I. (2008). *Child Maltreatment Surveillance: Uniform Definitions for Public Health and Recommended Data Elements*. Centers for Disease Control and Prevention (CDC).
https://www.cdc.gov/child-abuse-neglect/communication-resources/CM_Surveillance-a.pdf

Mackes, N. K., Golm, D., Sarkar, S., Kumsta, R., Rutter, M., Fairchild, G., Mehta, M. A., y Sonuga-Barke, E. J. S. (2020). Early childhood deprivation is associated with alterations in adult brain structure despite subsequent environmental enrichment. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 117(1), 641-649.
<https://doi.org/10.1073/pnas.1911264117>

Maheu, F., Dozier, M., Guyer, A., Mandell, D., Peloso, E., Poeth, K., Jenness, J., Lau, J., Ackerman, J., Pine, D., y Ernst, M. (2010). A preliminary study of medial temporal lobe function in youths with a history of caregiver deprivation and emotional neglect. *Cognitive, affective & behavioral neuroscience*, 10(1), 34-49.
<https://doi.org/10.3758/CABN.10.1.34>

Mansueto, G., Cavallo, Ch., Palmieri, S., Ruggiero, G., Sassaroli, S., y Caselli, G. (2021). Adverse childhood experiences and repetitive negative thinking in adulthood: A systematic review. *Clinical Psychology & Psychotherapy*, 28(6), 1-12.
<https://doi.org/10.1002/cpp.2590>

Martinez, M. L. (1997). Concepciones Parentales en la Definición de Negligencia Infantil. *Psykhe*, 6(1).
<https://doi.org/10.7764/psykhe.v6i1.20117>

Martínez, D., Gaviria, A., Arboleda, A., y Montoya, D. (2022). Experiencias adversas en la infancia asociadas con trastornos neuropsiquiátricos en la adultez: una revisión sistemática. *Cuadernos Hispanoamericanos de Psicología*, 22(1), 1-21.
<https://doi.org/10.18270/chps..v22i1.3967>

McKay, M., Cannon, M., Chambers, D., Conroy, R., Coughlan, H., Dodd, P., Healy, C., O'Donnell, L., y Clarke, M. (2021). Childhood trauma and adult mental disorder: A systematic review and meta-analysis of longitudinal cohort studies. *Acta psychiatrica Scandinavica*, 143(3), 189-205.
<https://doi.org/10.1111/acps.13268>

McLaughlin, K., Conron, K., Koenen, K., y Gilman, S. (2010). Childhood adversity, adult stressful life events, and risk of past-year psychiatric disorder: a test of the stress sensitization hypothesis in a population-based sample of adults. *Psychological medicine*, 40(10), 1647-1658.

<https://doi.org/10.1017/S0033291709992121>

Ministerio de Salud Pública. (2019). *Protocolo para el abordaje de situaciones de maltrato a niñas, niños y adolescentes en el marco del Sistema Nacional Integrado de Salud*.
<https://www.gub.uy/ministerio-salud-publica/sites/ministerio-salud-publica/files/documentos/publicaciones/Protocolo%20de%20maltrato.pdf>

National Scientific Council on the Developing Child. (2012). *The Science of Neglect: The Persistent Absence of Responsive Care Disrupts the Developing Brain: Working Paper 12*.
<https://developingchild.harvard.edu/wp-content/uploads/2024/10/The-Science-of-Neglect-The-Persistent-Absence-of-Responsive-Care-Disrupts-the-Developing-Brain.pdf>

Nakama, N., Usui, N., Doi, M., y Shimada, S. (2023). Early life stress impairs brain and mental development during childhood increasing the risk of developing psychiatric disorders. *Progress in neuro-psychopharmacology & biological psychiatry*, 126, 110783. <https://doi.org/10.1016/j.pnpbp.2023.110783>

Nelson, J., Klumparendt, A., Doebler, P., y Ehring, T. (2017). Childhood maltreatment and characteristics of adult depression: meta-analysis. *The British journal of psychiatry : the journal of mental science*, 210(2), 96-104.
<https://doi.org/10.1192/bjp.bp.115.180752>

Organización Mundial de la Salud. (1999). *Informe de la Reunión Consultiva sobre el Maltrato de Menores*.

https://iris.who.int/bitstream/handle/10665/66734/WHO_HSC_PVI_99.1_spa.pdf

Organización Mundial de la Salud. (2024). Child maltreatment.

<https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/child-maltreatment>

Peña, A. (2025). Early-life stress sensitizes response to future stress: Evidence and mechanisms. *Neurobiology of Stress*, 35, 100716.

<https://doi.org/10.1016/j.ynstr.2025.100716>

Perry, N., y Gunnar, M. (2019). Early deprivation and children's emotional development: A developmental perspective. In V. LoBue, K. Pérez-Edgar, & K. A. Buss (Eds.), *Handbook of emotional development*, 787-811. Springer Nature Switzerland AG.

https://doi.org/10.1007/978-3-030-17332-6_29

Salokangas, R., Schultze-Lutter, F., Schmidt, S. J., Pesonen, H., Luutonen, S., Patterson, P., Graf von Reventlow, H., Heinimaa, M., From, T., y Hietala, J. (2019). Childhood physical abuse and emotional neglect are specifically associated with adult mental disorders. *Journal of mental health*, 29(4), 376-384.

<https://doi.org/10.1080/09638237.2018.1521940>

Simon, E., Raats, M., y Erems, B. (2024). Neglecting the impact of childhood neglect: A scoping review of the relation between child neglect and emotion regulation in adulthood. *Child Abuse & Neglect* 153, 106802, 1-14.

<https://doi.org/10.1016/j.chabu.2024.106802>

Sistema Integral de Protección a la Infancia y a la Adolescencia contra la Violencia. (2025). *Informe de gestión 2024*.

<https://www.psico.edu.uy/sites/default/files/2025-04/INAU%20SIPIAV%20INFORME%20de%20GESTION%202024.pdf>

Syed, S., y Nemeroff, C. (2017). Early Life Stress, Mood, and Anxiety Disorders. *Chronic Stress*, 1, 1-16.

<https://doi.org/10.1177/2470547017694461>

Teicher, M. H., y Samson, J. A. (2016). Annual research review: Enduring neurobiological effects of childhood abuse and neglect. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 57(3), 241-266.

<https://doi.org/10.1111/jcpp.12507>

Teicher, M., Gordon, J., y Nemeroff, C. (2022). Recognizing the importance of childhood maltreatment as a critical factor in psychiatric diagnoses, treatment, research,

prevention, and education. *Molecular psychiatry*, 27(3), 1331-1338.

<https://doi.org/10.1038/s41380-021-01367-9>

Teicher, M., Anderson, C., Ohashi, K., Khan, A., McGreenery, C., Bolger, E., Rohan, M., y Vitaliano, G. (2018). Differential effects of childhood neglect and abuse during sensitive exposure periods on male and female hippocampus. *NeuroImage*, 169, 443-452.

<https://doi.org/10.1016/j.neuroimage.2017.12.055>

Tomoda, A., Nishitani, S., Takiguchi, S., Fujisawa, T. X., Sugiyama, T., y Teicher, M. H. (2024). The neurobiological effects of childhood maltreatment on brain structure, function, and attachment. *European archives of psychiatry and clinical neuroscience*.
<https://doi.org/10.1007/s00406-024-01779-y>

Ugarte, E., y Hastings, P. (2023). Assessing unpredictability in caregiver-child relationships: Insights from theoretical and empirical perspectives. *Development and psychopathology*, 1–20. Advance online publication.

<https://doi.org/10.1017/S0954579423000305>

Ugarte, E., y Hastings, P. (2025). Caregiver Unpredictability and the Development of Biobehavioral Regulation during Early Childhood.

https://doi.org/10.31234/osf.io/3xs7f_v2

van Stegeren, A. H., Wolf, O., Everaerd, W., Scheltens, P., Barkhof, F., y Rombouts, S. (2007). Endogenous cortisol level interacts with noradrenergic activation in the human amygdala. *Neurobiology of learning and memory*, 87(1), 57-66.

<https://doi.org/10.1016/j.nlm.2006.05.008>

Watson, Ch., Sharpley, Ch., Bitsika, V., Evans, I., y Vessey, K. (2025). A Systematic Review and Meta-Analysis of the Association Between Childhood Maltreatment and Adult Depression. *Acta Psychiatrica Scandinavica*; 151, 572-599.

<https://doi.org/10.1111/acps.13794>

White, M. G., Bogdan, R., Fisher, P., Muñoz, K., Williamson, D., y Hariri, A. (2012). FKBP5 and emotional neglect interact to predict individual differences in amygdala reactivity. *Genes, brain, and behavior*, 11(7), 869-878.

<https://doi.org/10.1111/j.1601-183X.2012.00837.x>

Xiao, Z., Murat Baldwin, M., Wong, S. C., Obsuth, I., Meinck, F., y Murray, A. L. (2022). The Impact of Childhood Psychological Maltreatment on Mental Health Outcomes in Adulthood: A Systematic Review and Meta-Analysis. *Trauma, violence & abuse*, 24(5), 3049-3064.

<https://doi.org/10.1177/15248380221122816>